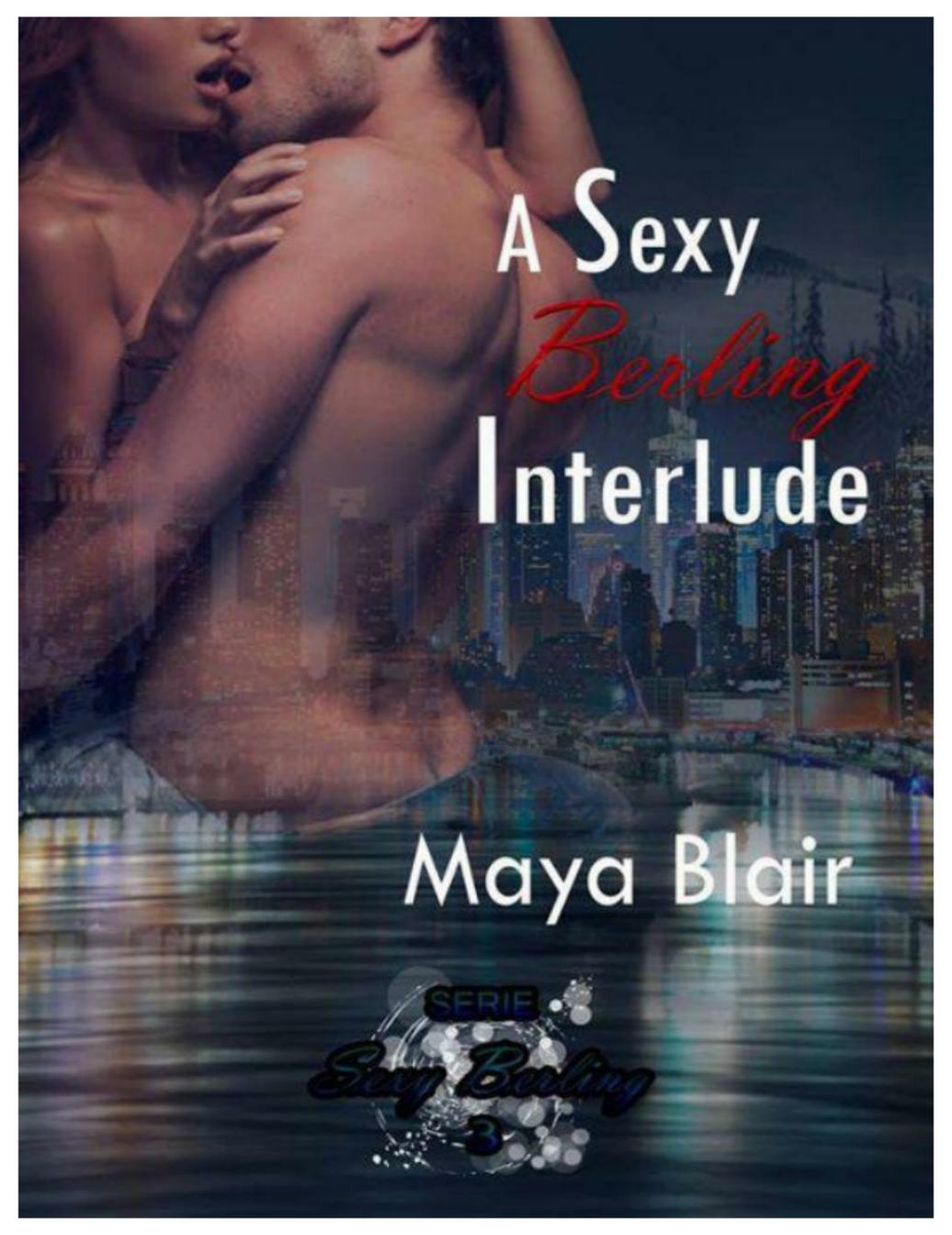
A romantic couple is shown in a close embrace, with the woman kissing the man on the cheek. They are positioned in the foreground, with their bodies partially transparent, revealing a city skyline at night in the background. The city lights are reflected in a body of water below. The overall mood is intimate and sensual.

A Sexy  
*Berling*  
Interlude

Maya Blair



The background of the cover features a romantic scene of a couple kissing. The man is shirtless and has his arms around the woman. The scene is set against a backdrop of a city skyline at night, with lights reflecting on water in the foreground. The overall mood is sensual and intimate.

A Sexy  
*Berling*  
Interlude

Maya Blair





# A Sexy Berling Interlude

(Serie Sexy Berling 3)



Maya Blair

A Sexy Berling Interlude (Sexy Berling 3)

© Edición 2014

© Maya Blair

Portada: © BlueSkyImages – Fotolia

© rabbit75\_fot – Fotolia

© Leonid Tit – Fotolia

Diseño y maquetación: KD

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Dee Vargas ni siquiera se imagina todo lo que le acarreará el haber aceptado el trato de Gabriel Berling, pero sí sabe que hará lo que sea necesario para demostrarle que no es una mujer con la que se pueda jugar.

Cuando él le tiende una bandera blanca y la arrastra a un inesperado fin de semana en la otra punta del país, Dee no es consciente de que, durante ese interludio, estará más cerca de Gabriel de lo que ninguna mujer lo ha estado jamás.

La cuestión es, ¿podrá resistirlo su corazón?

# Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Nota de la autora](#)

# Capítulo 1

Desnudo.

Aprieto el cinturón del albornoz y levanto las piernas del suelo para apoyar los talones en el borde de la butaca a la vez que las rodeo con los brazos.

Gabriel Berling está... aquí. Desnudo.

Con un suspiro suspendido en los labios, aposento la barbilla encima de las rodillas y me recreo en la visión de ese demonio que horas antes vestía de *Armani*, pero que ahora mismo duerme cual angelito en mi cama —¡mi cama!— tal y como su madre lo trajo a este mundo.

Oh, Señor... Sé que nada volverá a ser igual después de que mi apartamento haya sido profanado por el mismísimo amo del inframundo. Me pregunto si habrá anuncios de exorcismos exprés en las páginas amarillas.

El reloj digital que tengo encima de la mesilla marca las horas de manera inmisericorde, recordándome el tiempo que llevo despierta,

incapaz de sosegar lo suficiente mi espíritu como para tenderme a su lado y dormir.

Ya hace un rato que la luz del amanecer ha empezado a filtrarse sutilmente por las persianas, incidiendo sobre su poderosa anatomía, y yo no puedo despegar los ojos de él. Porque Gabe es una visión. Un dios neoyorquino recién caído desde lo más alto del Olimpo de la Gran Manzana que duerme a placer enredado en mis cálidas sabanas color crema.

Le hago una foto mentalmente. Una sensual instantánea en la que el contraste de luces y sombras que lo envuelve realza todavía más sus atributos físicos. Lo recorro con la vista desde el negro cabello revuelto sobre la almohada, la relajada expresión de su rostro, los labios entreabiertos... Me deleito en su torso espolvoreado de oscuro vello por aquí y por allá mientras grabo su imagen en mis retinas; los anchos hombros, los fuertes pectorales, el definido abdomen, la sexy y pronunciada uve que se estrecha hasta perderse de vista entre las sabanas y...

Me remuevo inquieta. Si sigo así me excitaré sin remedio, pero no puedo evitarlo. Y que conste en acta que estoy siendo buena, porque solapo el acuciante impulso de comérmelo a bocado limpio con el inocente sucedáneo de hacerlo con los ojos. Aunque empiezo a replanteármelo seriamente. Quizá debería de tumbarme a su lado y despertarlo con lánguidas y traviesas caricias de mi lengua a lo largo de su...

De repente, se mueve. Apenas una ligera crispación de dedos, un gesto que desaparece tan rápido como llegó. Espero, expectante, a que surja de nuevo cualquier leve indicio que me diga que se está despertando, pero los minutos transcurren sin que suceda nada.

Si no fuera porque está nevando, me pondría la ropa de deporte y saldría a correr por el barrio, pero los copos no han parado de caer desde las cuatro de la madrugada, así que me encuentro oficialmente atrapada entre las paredes de mi apartamento, con un tentador bello durmiente apenas cubierto por la ropa de cama.

Con un sonoro resoplido, me aparto de la

frente un mechón de pelo que se ha escapado de mi moño, deposito los pies en el suelo y me levanto de la butaca para caminar descalza en dirección al cuarto de baño.

En mi mente revolotea el recuerdo de sus incendiarios besos en el sofá, de nuestros cuerpos enredados sobre la alfombra. Cierro la puerta tras de mí y apoyo la espalda en ella con un gemido a la vez que cierro los ojos y vuelvo a sentir su lengua seduciendo la mía, sus labios deslizándose por mi cuello para terminar por devorar con despiadada fruición mis pechos...

Me digo que tengo que parar, pero soy incapaz de ponerle freno al desfile de imágenes que asaltan mis sentidos; fugaces flashes que me hacen estremecer presa del insaciable apetito que él ha despertado en mí.

—¿Por qué?

Es tan sencillo sucumbir... Tan, tan... bueno.

Alzo los parpados, me adelanto hacia el lavamanos y, apoyándome en él mientras abro el grifo, recojo el agua fría en la ahuecada palma de mi mano para proceder a refrescarme el rostro y la

nuca. Y lo hago una y otra vez, hasta que siento que las espirales de deseo que se arremolinan en mi vientre vuelven a aquietarse.

—Aquí estás.

Abro los ojos de golpe. Las manos de Gabriel entran en mi campo de visión y se asientan con firmeza a los lados del lavabo, atrapándome entre la fría cerámica y su vibrante calor corporal. Entonces, pega el torso a mi espalda y hunde el rostro contra mi cuello para depositar un húmedo beso al tiempo que busca mi mirada en el reflejo del espejo que está frente a nosotros.

—Te tengo —musita entre mordisco y mordisco.

Dios, sí, me tiene. Y en más de un sentido, maldito sea.

Me estremezco y dejo caer los párpados, abandonándome al torbellino sensorial que despierta en mí con cada nuevo toque de sus labios, de su lengua, de sus dientes. Noto cómo mis pezones se erizan y mi vagina se derrite. Cada pulgada de mi ser lloriquea por él, por lo que va a venir a continuación.

Su brazo derecho me cruza el torso, se desliza por la abertura del albornoz y apresa mi pecho izquierdo en la cuenca de la mano.

—Abre los ojos, Dee.

Lo estruja y manosea hasta que lo siento insoportablemente tierno, sensible. Bajo la tortura de sus dedos, mi pezón se convierte en un apretado botón y los ramalazos de placer se disparan derechos a mi entrepierna, que se contrae con cada nuevo roce.

—Míranos.

Obedezco. El espejo del baño me devuelve dos reflejos; uno es el de una mujer ruborizada, de mirada vidriosa y labios entreabiertos en un silencioso gemido, el otro el del oscuro e imponente hombre pegado a su espalda.

Gabriel abandona mi turgente seno y abre el albornoz, deshaciendo el nudo del cinturón con tirones impacientes.

Puedo notar la solidez de sus intenciones presionando con insistencia mi trasero, sus manos remontando las curvas de mi cuerpo en una lenta caricia desde la cintura hasta los hombros,

minándome la voluntad antes de hacer resbalar el tejido de algodón hacia abajo y dejarme expuesta casi por completo.

—Preciosa —musita en mi oído antes de enredar sus dedos con los míos, que siguen aferrados al lavabo, y depositar un beso de boca abierta en la despejada nuca.

Su lengua es fuego contra mi espalda. Me excita, me consume. Desciende con febril sensualidad a lo largo de la línea de la columna, haciéndome sacudir presa de deliciosos escalofríos y poniendo mi piel en guardia.

—Albornoz fuera —gruñe pegado a la curva de mi trasero, incapaz de avanzar más a causa de la barrera de tejido que se interpone entre él y mi carne desnuda.

Me obliga a aflojar el agarre y abandonar la frialdad de la cerámica para permitir que la prenda caiga al suelo. El algodón se arremolina a mis pies con un quedo susurro y Gabriel sonrío contra mi piel, satisfecho. Ahora estoy tan desnuda como él, cada pulgada de mi cuerpo revelada para su goce y disfrute. Sus dedos constriñen mis

caderas y percibo el cálido toque de su aliento sobre las nalgas segundos antes de que su boca se apodere de una de ellas.

—¡Gabe! —jadeo al ser víctima de un perverso mordisco que me hace respingar y volver a asirme al lavamanos.

Es cruel. Alterna las rigurosas agresiones de sus dientes con los lúbricos giros de su lengua. Me fustiga e inflama hasta que mis gemidos y ronroneos rebotan contra las paredes del baño y empiezo a moverme al son que marca con sus continuos asaltos.

—Quiero probarte... —el índice se cuela entre las mejillas de mi trasero y me presiona allí con insistente suavidad— aquí.

Le voy a responder que ni de coña, que se mantenga alejado de la puerta trasera, cuando me pellizca las nalgas, arrancándome un pequeño lamento, y las masajea antes de separarlas con delicadeza.

—No —nunca me han tomado por ahí y la mera idea me asusta—, por fav...

La punta de su lengua acaricia la fruncida

entrada y las palabras mueren en mis labios para ser reemplazadas por un sonoro sollozo, al tiempo que la parte superior de mi cuerpo se inclina hacia delante.

Me licuo. Su boca se siente más que bien, se siente... celestial. Pecaminosamente celestial.

—Chupa.

Gabriel alarga su mano derecha con el índice y el corazón extendidos y yo la tomo con la mía e introduzco los dedos en mi boca. Los chupo y succiono con delectación, cubriéndolos de saliva, e inicio un cadencioso movimiento de vaivén, como si se tratara de su pene, a la vez que me regodeo en sus guturales gemidos y los barridos de su lengua contra mi rosado orificio.

Extasiada, sonrío para mis adentros antes de hacer girar la mía alrededor de sus yemas y volver a descender, engulléndolos casi hasta los nudillos.

—Suficiente.

Les doy un último lengüetazo y los suelto. No hay que ser una lumbrera para saber qué viene a continuación y, aunque sé que podría negarme en redondo, le dejo hacer. Porque en el fondo siento

una morbosa curiosidad, pero sobre todo porque, por mucho que me fastidie admitirlo, no tiene que esforzarse demasiado para hacerme ceder a sus deseos.

Al momento siento cómo inicia una lenta e impúdica invasión de mi cuerpo con la punta del índice. Me contraigo —medio expectante, medio asustada— a la espera del dolor, pero lo único que siento es un ligero escozor seguido del depravado arrebató que las cuidadosas y continuas acometidas de Gabriel provocan en mí.

—¡Oh, Dios! —lloriqueo al cabo de un eterno discurrir de minutos cuando extrae el dedo y procede a invadirme ya no con uno, sino con dos.

—Sssch... —me calma cuando aprieto el anillo de músculos, denegándole la entrada—. Relájate, déjame hacer.

Su otra mano asciende y desciende por mi arqueada espalda, tranquilizadora, mientras continúa con la progresiva y cuidadosa penetración. Despacio, se abre camino en mi interior, seduciéndome con eróticas palabras, haciéndome olvidar el punzante dolor, hasta que

me descubro al poco rato empalada por sus dedos y meciendo las caderas hacia atrás, en busca de una penetración más profunda.

Apoyo una mano contra el espejo, alzo la cabeza y nos observo; sus ojos de ónix, oscurecidos por el deseo, taladran los míos al tiempo que intensifica las embestidas. Advierto la manera en que mi sexo rezuma, llorando por un poco de atención, y me mordisqueo los labios para no gritar.

—Un día de estos, te llenaré con mi polla — me susurra al oído antes de sacar los dedos, agarrarme por las caderas con ambas manos y colarse de un empujón en mi resbaladiza vagina.

—Condón —gimoteo.

Tenemos un grave problema con las gomitas, en serio. Cada vez que la cosa se pone al rojo vivo, nos olvidamos de la protección y eso, a pesar de que tomo la píldora y él asegura que sus análisis son más prístinos que el blanco nuclear, es algo que no debo consentir.

Ya nos pasó en el primer asalto en la galería y en el observatorio del Empire State, aunque no

así en la segunda ronda de ambas noches. Pero, al parecer, estamos condenados a volver a tropezar en la misma piedra una y otra vez, sólo que al menos en esta ocasión yo estoy lo bastante lúcida como para recordárselo.

—Mierda —masculla con su rabiosa y pulsante erección completamente dentro de mí—. Ahora no puedo parar. —Se retira con lentitud, sin llegar a liberarse del todo de la prieta prisión de mi sexo, y vuelve a entrar con fuerza—. No p... — Percibo cómo sus dedos se crispan y se clavan en mis caderas—. ¡Joder!

Observo su rostro en el espejo mientras me toma una y otra vez, aumentando poco a poco el ritmo y la velocidad, imprimiendo a cada incursión mayor vigor y avidez. Una máscara de puro, fiero deseo da nuevas formas a sus facciones, gotas de sudor perlan sus sienes, las pupilas están tan dilatadas que casi han engullido el iris por completo... Se lame el labio inferior, en un gesto que me parece el colmo de la sensualidad, hasta convertirlo en una brillante y jugosa tentación que me hace anhelar girarme y aspirarlo

dentro de mi boca.

—Confía en mí, Dee —resuella sin parar de poseerme—. Te enviaré los jodidos análisis por e-mail si es necesario.

Confiar; peligrosa palabra. Quiero hacerlo, de verdad, pero no debo. Si salto ese último muro, estaré oficialmente perdida. No puedo entregárselo todo, pero aún así le permito que vuelva a tomarme sin protección. De nuevo. Y van tres.

Los minutos gotean sin cesar a la vez que su pelvis golpea con violencia mis nalgas. El sonido de la carne azotada se entremezcla con resuellos, gemidos y sonidos roncocal y guturales.

Jadeo su nombre con los ojos cerrados. Me pierdo en la gloriosa sensación de nuestros sexos desnudos, friccionándose sin cesar, y el orgasmo me coge desprevenida.

Apenas me da tiempo a terminar de convulsionarme alrededor de su erecto pene cuando me da la vuelta, me sienta encima del lavabo y me toma de frente, con salvajes y veloces penetraciones que arrancan nuevos gritos de placer

de mi garganta.

Sus dedos muerden mi trasero con la misma fuerza con que él se hunde en mi interior. Las temblorosas paredes de mi vagina lo ciñen con hambriento ardor, estrechándose a cada nueva embestida y apretándolo sin piedad hasta que un nuevo orgasmo me rasga las entrañas y él, atenazado por un intenso temblor, se pierde en mi cuerpo.

Noto cómo se derrama al tiempo que un ronco gruñido reverbera en su pecho. Entonces, lo rodeo fuertemente con brazos y piernas, anclándonos a ambos para que la tempestad no nos barra por completo, y absorbo su éxtasis junto con el mío hasta que nuestros cuerpos se rinden el uno contra el otro, sudorosos y agotados.

Experimento el absurdo impulso de decirle que es hermoso cuando se deja ir; que su rostro, presa del más absoluto y abandonado placer, es la cosa más erótica que he visto jamás; que provocar esa reacción en él, en su cuerpo, me hace sentir vibrantemente viva y desgarradoramente poderosa. Pero callo. Hundo la nariz contra su cuello y

aspiro el aroma almizclado que emana de su piel mientras me trago las palabras, arrastrándolas lejos de mis labios.

Se retira, retrocede un paso y se hace el silencio. Tan sólo el sonido de nuestras vacilantes respiraciones domina el baño que, de repente, se me antoja demasiado pequeño para contener todo lo que fluye entre nosotros, lo que hemos generado con el desenfreno de nuestro apetito.

Me bajo del lavamanos con un vacilante saltito, le tiro la toalla para que se limpie y me inclino para recoger el albornoz del suelo, pero él lo aparta a un lado de una patada, desconcertándome. ¿No se supone que ya hemos terminado? ¿A qué viene esto ahora?

—Quieta —murmura tras limpiarse los dedos con los que me poseyó por detrás, dejando caer la toalla para proceder a acunar mi pubis en la palma derecha y recoger los jugos que impregnan mi sexo.

Después de recrearse un ratito con los empapados pliegues, alza la mano para mostrarme el blanquecino y denso líquido que empapa sus

yemas y empieza a resbalarle por los dedos del mismo modo que lo hace por mis muslos.

Usando la otra mano, atrapa mi barbilla con el pulgar y el índice y me obliga a abrir la boca para él. Entonces, aproxima la suya, sumerge la lengua y busca la mía para retozar con ella antes de retirarse y empezar a introducir los dedos bañados con su semen.

—Lame.

—Demasiados imperativos —protesto, articulando las palabras como buenamente puedo.

—La-me.

Lo paladeo con los ojos entornados y ronroneo. Tiene un gusto intenso, salado. Enrosco la lengua alrededor de ellos una y otra vez y busco un adjetivo para ese sabor de fondo que no logro identificar —¿picante tal vez?—, pero Gabriel los retira de repente con un sonido satisfecho, me da una palmadita en el trasero y esboza una sonrisa pérfida.

—No ha estado mal, encanto —murmura antes de abandonar el cuarto de baño y dirigirse al salón en busca de su ropa, que ha terminado

dispersa por doquier la noche anterior.

Tardo treinta segundos en asimilar lo que acaba de suceder, demasiado atolondrada por la resaca sexual que me embota el cerebro como para captar al vuelo todos los matices de sus palabras y sus actos.

¿Palmadita, sonrisa, «no ha estado mal, encanto»? ¿¡Quién coño se cree que es!?

Enfurecida, recojo el albornoz del suelo, me lo pongo y salgo tras él para encontrármelo ya vestido y sentado en el sofá, atándose sus caros zapatos italianos.

—¿Qué ha sido *eso*? —pregunto mientras intento mantener bajo control el revoltijo de mala leche que se está forjando en mis entrañas.

—¿Lo qué?

—Lo que acaba de suceder en el baño —«gilipollas», añado mentalmente.

No responde al momento. Al contrario, se toma su tiempo para levantarse y ponerse la chaqueta del esmoquin con toda la calma del mundo, sin dejar de mirarme como si no comprendiera a qué me refiero.

—¿Follar? —me espeta flemático—. Aunque los oídos tiernos prefieren términos menos... soeces, como «tener relaciones sexuales» y polleces por el estilo.

—¡No me jodas, Berling!

Se acerca, deposita un rápido beso en mis labios que sólo consigue hacerme fruncir más el ceño y me guiña un ojo, divertido.

—Por si no te has dado cuenta, acabo de hacerlo.

Lo observo caminar hacia la puerta del apartamento con andares felinos mientras mi cabreo asciende hasta cotas inalcanzables.

—Ya te llamaré, encanto —me asegura con la mano en el picaporte.

Voy a responder a su petulante frasecita, pero me quedo con la palabra en la boca cuando se adelanta y asesta la puntada final.

—Cuando tenga tiempo, claro.

Y dicho esto, sale y cierra la puerta tras de sí, dejándome con un palmo de narices y más rabiosa que una novia que acaba de perder el vestido de sus sueños a manos de otra el día del *Running of*

*the Brides.*

¡¡Hijo de puta!!

## Capítulo 2

El jueves por la mañana, nada más llegar a la oficina de *Candilejas*, soy abordada por una alegre Nadia, que salta sobre mí con un entusiasmo inusitado y me da tal achuchón que casi me rompe en dos.

—¿A cuento de qué viene todo este derroche de afecto? —demando saber a la vez que intento no morir asfixiada bajo tan impetuoso despliegue—. No has tenido tiempo a echarme de menos desde el martes.

—¡No me digas que no tienes ni la más remota idea! —Se separa de mí con gesto anonadado cuando niego con un movimiento de cabeza—. ¡Es increíble que no lo sepas!

Oh-oh... Espera un segundo, sí que lo sé. Vaya que si lo sé. Tanta agitación sólo puede ser debido a que ya nos han comunicado que...

—¡Organizamos la Gala de este año! —Empieza a dar saltitos y a aplaudir embelesada, igual que una niña cuando ve los regalos bajo el árbol la mañana de Navidad—. ¿No es

emocionante?

—Oh, sí, claro —respondo en un intento por fingir emoción, pero fracasando estrepitosamente —. Lo es.

Cambio el maletín de mano y abro el abrigo mientras experimento la aguda picadura de la culpabilidad al volverme consciente de que, en algún momento, tendré que dar la cara frente a mi socio, que está en la más absoluta inopia respecto al trato que he sellado con Gabriel.

Respiro hondo y me pellizco el puente de la nariz en un intento por centrarme y sofocar el repentino dolor de cabeza que se me está levantando.

—Alberto... —logro articular al tiempo que me dirijo hacia mi despacho.

—Lleva colgado del teléfono desde que llegó, hará cosa de una hora.

Caray, a eso le llamo yo empezar el dos mil catorce con espíritu trabajador. Es de las pocas veces en todos estos años que ha llegado antes que yo, lo cual sólo puede significar que la noticia se la comunicaron a él por teléfono en vez de enviar

la notificación directamente a la oficina.

—¿Y todavía no se le ha caído la oreja? —  
pruebo a bromear.

Me quito la ropa de abrigo y la cuelgo en el perchero antes de acercarme a la mesa y depositar el maletín encima de la despejada superficie con un quedo suspiro. Mientras tanto, Nadia, que está de un parlanchín insoportable, me abomba la cabeza con una cascada de información que no logro asimilar.

—¿Podrías traerme una taza de café bien fuerte? —la corto antes de enloquecer. Su excesivo regocijo lo único que consigue es hacerme sentir peor de lo que ya lo estoy haciendo.

—Sí, sí. —Hace ademán de salir del despacho, pero en vez de eso se gira para achucharme de nuevo y estampar un sonoro beso en mi mejilla—. ¡Lo has conseguido! Tu ex tirana se va a subir por las paredes cuando se entere —afirma riéndose por lo bajito—. ¡Estoy tan orgullosa de trabajar para ti, jefa!

Experimento el necio impulso de decirle que

no lo haga, que no se sienta orgullosa de mí porque ni se imagina lo que he hecho para conseguir la maldita Gala, los límites que he traspasado en pos de mi ciega ambición.

«Es un poco crédula y fácil de envolver».

Siento que me tambaleo al recordar las palabras de Gabriel y me agarro al borde de la mesa en cuanto Nadia me suelta y sale en busca de ese café que sé que me va a saber a hiel.

Apoyando el trasero en el filo, aprieto los ojos con fuerza y me repito que no he hecho nada que otro no hubiera estado dispuesto a acometer en mi lugar. Que el mundo es una jungla repleta de depredadores dispuestos a echarse directos a mi yugular a la menor vacilación y que yo tan sólo me arrimé a uno de los más peligrosos para sobrevivir.

—Dios mío, no soy mejor que Suzanne.

La bilis se me sube a la garganta al pensar en mi dictatorial ex jefa. ¿Habría llegado ella tan lejos? Sí, sin lugar a dudas. En un concurso de falta de escrúpulos, se llevaría el primer premio. De hecho, lo más probable es que reventara todas

las plusmarcas habidas y por haber.

Aparto la coleta en la que he recogido mi melena a un lado y me froto la nuca al tiempo que me digo que es un poco tonto consolarse con eso y que tal vez Alberto tenía razón, al fin y al cabo.

—Vamos, Vargas —me animo—. Hiciste lo que debías. Punto.

Aún así, tardo dos interminables minutos en ser capaz de moverme, bordear la mesa y desplomarme en la silla como si de repente mi cuerpo pesara tres veces más de lo usual.

Me recuerdo que me he dejado el culo para conseguir mis sueños, que nadie me ha puesto fácil nada y que tampoco he conseguido ni una pizca más de lo que merezco. Que si he llegado hasta donde estoy ahora mismo ha sido a golpe de trabajo duro y de aguantar el aire cuando era necesario, aún a riesgo de reventar.

—Si la maldita Gala no se me hubiera resistido... —susurro encendiendo el ordenador para a continuación extraer un fajo de papeles del maletín junto con el *iPad*.

Los «y si» son un arma de doble filo, de ahí

que procure huir de ellos como si fueran un ejército de zombis encaprichados con mi cerebro. Porque, en este caso, si mi ex jefa no nos hubiera levantado el evento otra vez el año pasado, no habría sucumbido a la tentación de pactar con ese demonio de Gabriel. Y si no lo hubiera hecho, todo se habría quedado reducido a un polvo o dos y para de contar. Lo que sería una verdadera lástima, si se me permite el señalarlo, porque Berling puede ser un auténtico cabronazo de los pies a la cabeza, pero uno irresistiblemente sexy que además me pega unos revolcones que...

—¡Buenos días, criatura hermosa!

Alberto entra con mi taza en la mano. Se le ve tan contento que creo que va a reventar la elegante chaqueta de un momento para otro.

—No puedes no saberlo —musita sentándose frente a mí tras darle un buen sorbo a mi café como si le perteneciera—. Joder, hoy Nadia se ha superado.

Entorno los ojos hasta casi ponerlos en blanco antes de levantarme y apoderarme de lo que es mío mientras le agradezco entre dientes su

desinteresada donación de saliva.

—Ya sabes que si necesitas de otra clase...

—Guiña un ojo con picardía—. Estoy disponible. Eso sí —aclara—, con botecito de por medio. Que mi cariño por ti, aunque grande, tiene sus límites.

—No, gracias —declino el ofrecimiento tras beberme la mitad del contenido de la taza de una sentada—. Y sí, lo sé. —Esbozo la mejor sonrisa fingida de mi repertorio—. ¡Es sensacional!

Se levanta y me tiende la mano por encima de los papeles y la tableta que dejé desperdigados sobre la superficie de madera. Desconcertada, le extiendo la mía para ser arrastrada al instante alrededor de la mesa hasta sus brazos.

—¿Qué...?

—Esto se merece un baile.

Tomándome por la cintura, tararea su canción favorita con los labios contra mi sien mientras me hace danzar por todo el despacho con pasos fluidos y acompasados.

—Lo hemos logrado, Dee. —Puedo adivinar la sonrisa en su voz—. El veintiuno tenemos que presentar ante el comité...

Alberto habla y habla pero mi cerebro no es capaz de filtrar nada de lo que me está diciendo, como si algo se hubiera fundido dentro de mi cabeza de sopetón y las palabras me entraran por un oído para salir de inmediato por el otro.

Intento no pensar en Gabriel, pero me resulta imposible. Vuelvo a verlo de pie, en la puerta de mi apartamento, con esa sonrisa tan suya que me desquicia y me pregunto por primera vez si no me estaré mintiendo a mí misma. ¿Cabe la más remota posibilidad de que lo que en realidad me ha empujado a aceptar haya sido mi deseo por él y no mis ansias de conseguir la última meta profesional que se me resistía?

—Ochenta días, Dee. —Me toma por los hombros y me sacude presa del entusiasmo—. ¡Vamos a hacer historia!

—Un poquito exagerado, ¿no crees?

—No, para nada —asegura sin vacilar—. Será apoteósico. El mejor evento al que hayan asistido jamás. ¡Adiós a Phillips y los demás! Seremos los amos, Dee. ¡Los putos amos!

Qué poco me importa todo eso de repente.

Qué banal y vacío suena en labios de mi socio. Toda una vida de trabajo y sacrificios para llegar hasta aquí y ahora... Ahora tengo un amargo regusto en la boca que no logro hacer desaparecer.

—Ochenta días para el gran día.

—Relájate, te va a dar un infarto —le aconsejo al verlo tan agitado—. A este paso te veo en urgencias antes que en el Met.

Me separo de él y me siento en el borde de la mesa, cruzándome de brazos, al tiempo que me digo que así se supone que tendría que estar yo. Pero no puedo. Sólo pienso en él una y otra vez. Apenas han pasado veinticuatro horas y no paro de preguntarme cuándo sonará el teléfono, cuándo lo veré de nuevo. Y no porque lo extrañe, sino porque llevo maquinando mi *vendetta* desde el preciso instante en que se largó con viento fresco.

—¡Relajarme! ¡Imposible! —Se sienta de nuevo en la silla y vuelve a levantarse a los pocos segundos, como si no tuviera sosiego—. ¿De verdad te das cuenta de lo que significa todo esto?

—De lo que me doy cuenta es de que, como sigas así, tendremos que suministrarte varias

cápsulas de diazepam en el próximo café. — Frunzo el ceño, pensativa—. Y no estoy muy segura del efecto que semejante mezcla pueda tener en ti. A lo mejor hasta lo empeoramos y todo.

—Será mejor que vuelva al trabajo.

Sí, por favor, que se largue de una bendita vez. Y conste que jamás pensé que querría decirle algo semejante a mi socio y amigo, pero ahora mismo lo único que deseo es que salga por esa puerta y me deje a solas conmigo misma y mis pensamientos. Porque tengo muchas cosas pendientes por hacer y un capullo al cual escarmentar, y ninguna de las dos cosas es *peccata minuta*, precisamente. Sobre todo lo segundo.

—Ochenta —repite con una amplia sonrisa antes de abandonar el despacho.

Ochenta días con sus respectivas noches a merced de los caprichos de Gabriel Berling. Ochenta ocasiones para demostrarle que Dee Vargas no es como las demás. Un *tour de force* con todas las de la ley del cual uno de nosotros saldrá tocado, lo sé.

## Capítulo 3

Llevo todo el día encerrada en casa y creo que me voy a subir por las paredes de un momento a otro si no logro descargar el exceso de energía de algún modo.

Debo de ser masoquista, en serio. Otra persona estaría la mar de feliz ante la perspectiva de poder rascarse la barriga a dos manos durante al menos tres días, pero yo sólo puedo pensar en la montaña de trabajo pendiente que tengo en *Candilejas*. Trabajo que no podré acometer como es debido desde mi calentito apartamento, porque no he podido traerme todo el material necesario.

¡Muchas gracias, tormenta de nieve Hércules!

Y es que, en el preciso instante en que el alcalde De Blasio anunció que, por seguridad, era recomendable que todo el mundo permaneciera en sus hogares, Alberto no tardó ni dos segundos en comunicar a toda la plantilla vía correo electrónico su salomónica decisión.

Conmigo no fue tan diplomático. Quizá porque me conoce demasiado, y sabe que soy

sobradamente capaz de ir a la oficina como si fuera un día cualquiera, optó por usar métodos más... persuasivos.

Me reservo el desvelar la naturaleza de los mismos, pero sólo diré que me entraron ganas de hacerle comer la grapadora.

Así que aquí estoy, sentada en mitad del sofá con mi sexy pijama de dibujos ñoños a prueba de los más crudos inviernos, el último grito en calcetines *made in yaya* y la melena sujeta a la coronilla con uno de esos palillos de comida china que jamás he sabido utilizar. A eso súmale mi cara embadurnada en alguna de las múltiples y exóticas mascarillas que Maddie se empeña en regalarme cada dos por tres y... *voilà*. Lo que se dice puro glamour de andar por casa.

—Si me llega a ver Anna Wintour ahora mismo, termino en el próximo número del *Vogue* en un parpadeo —comento para mí misma mientras rebusco entre la decena de papeles repletos de garabatos y anotaciones que se encuentran desperdigados a mi alrededor.

Sé que si mi socio viera la que tengo montada

aquí, menearía la cabeza con reprobación y me volvería a preguntar por... ¿centésima vez? —la verdad es que ya perdí la cuenta— cómo soy capaz de ubicarme en medio de tanto caos. Pero es que mi caos no es uno cualquiera, sino un desorden ordenado. Algo que él parece que nunca llegará a comprender.

De repente, el *smartphone* emite una ligera vibración y la lucecita de notificación empieza a parpadear en morado, lo que significa que alguien acaba de enviarme un mensaje por *WhatsApp*.

Dejando a un lado el portátil y los papeles que estaba a ojear, estiro la espalda con los brazos por encima de la cabeza hasta escuchar un sonoro *crack* y recojo de encima de la mesita el móvil para disponerme a enviar a tomar por saco a Alberto por invertir la tarde en enviarme chistes y tonterías varias en lugar de estar con la narices metidas en el trabajo. Sólo que no es él el remitente del mensaje, sino Kat.

Salgo de la aplicación y marco su número al instante. Apenas acaba de sonar el segundo tono de llamada cuando mi amiga descuelga.

—¿Lo de la calefacción va en serio? —  
pregunto consternada.

—Y tanto —asegura con patente fastidio—. Escogió el mejor momento de todos para estropearse; justo cuando estamos a veinte bajo cero. —Su bufido llega alto y claro desde el otro lado de la línea—. ¿Entonces qué? ¿Me das asilo?

—¿Y James?

No es que no quiera que Kat venga a mi apartamento, ¡al contrario!, pero me resulta extraño que me lo pida a mí cuando su novio vive varias manzanas más cerca. A no ser que haya vuelto a cortar con él en algún momento entre el treinta y uno y el tres, lo que tampoco sería raro.

—Ahora mismo no quiero verlo.

Uh-oh, lo que pensaba; problemas.

—Pues si quieres poder alimentarte este fin de semana, trae comida, porque en la nevera apenas tengo suficiente para mí.

—Por qué será que no me extraña...

Los colores se me suben hasta las puntas de las orejas. Sí, soy un ama de casa nefasta, terrorífica. Mi frigorífico no sabe lo que es estar

lleno hasta los topes. Ni siquiera medio lleno. ¿Triste, no? Por norma suele estar más desértico que Chihuahua, pero es que entre que no como aquí y que por las noches me apaño con cualquier cosa que compro de camino al apartamento... Pues eso. Que da penita verlo, de ahí que no suela abrir la puerta a menudo, por si me entra el síndrome de culpabilidad del ama de casa.

Eso sí, que mi nevera dé ganas de llorar no significa que no sepa cocinar. Porque sé. ¡Y se me da muy bien!

—¿Tardarás mucho? —intento averiguar mientras miro a mi alrededor y calculo cuánto tiempo necesitaré para adecentar la estancia.

El timbre me da la respuesta.

Con el móvil todavía pegado a la oreja, camino hacia la puerta y la abro para toparme con alguien que bien podría ser Kat, a juzgar por la altura y los ojos que intuyo a través de las múltiples capas de ropa de abrigo que lleva encima.

—Pues va a ser que no —responde antes de cortar la llamada—. ¿Qué es... esto? —Pasa un

dedo por mi mejilla y se lleva parte de la ya agrietada mascarilla—. Pareces uno de los lagartos de *V*.

—Gracias, mujer.

Entonces, le pego un repaso visual desde la borla del gorrito de lana hasta la punta de las botas y me obligo a reprimir la carcajada que pugna por brotar de mi garganta. ¡Ja! ¡Mira quién habla! Si no fuera porque su calzado es tan negro como el carbón, cualquiera podría confundir a mi amiga con el Yeti.

—Chitón —me reprende tras quitarse desembarazarse del gorro y desenrollar la bufanda del cuello—. Ahí fuera hace tanto frío que no me quedó más remedio que echar mano de la ropa de esquiar si no quería convertirme en un témpano en menos de una milésima de segundo —confesó con un mohín de hastío—. Y ahora, haz algo útil, como coger las bolsas de la compra.

—Gruñona.

Se las quito de las manos, compruebo que contienen cargamento suficiente como para alimentar a medio regimiento, y las llevo a mi

pequeña cocina para que así ella pueda disfrutar de su momento «pelemos la cebolla» con calma.

Me encuentro vaciando la segunda bolsa cuando mi amiga se apoya en la barra americana que separa la cocina del salón y me suelta a bocajarro que Maddie está en camino.

—¿Cómo? —balbuceo desconcertada, con el paquete de galletas en la mano.

—En taxi, supongo —responde a la vez que me mira como si se me hubieran fundido las neuronas—. Ay, chica, qué preguntas haces a veces.

—A que te expulso por lista.

—A que me llevo la comida y acampamos delante de tu apartamento.

Echo una miradita al contenido que acabo de colocar en la nevera y lo que queda en la otra bolsa, pienso en la triste pizza congelada y los cereales medio revenidos con los que iba a tener que sobrevivir las próximas veinticuatro horas y me digo que bien puedo dejar que me llame tonta. A fin de cuentas, la comida es la comida.

De todos modos, una cosa no quita la otra y

terminamos por sacarnos la lengua mutuamente, en un despliegue de total infantilismo, tras lo cual estallamos en carcajadas.

Apenas termino de poner todo en su sitio y me dirijo para despejar la estancia, cuando mi amiga saca una más que reconocible cajita del bolso de viaje que me deja clavada en el sitio. Luego, me la extiende con cara de circunstancias y me insta a que saque su contenido, lo que hago al instante.

Con los ojos abiertos de par en par —como si fueran platos que un malabarista hace girar encima de sus ridículos palitos— y un «Oh, Dios mío» suspendido en el aire, miro sendas líneas incriminatorias casi sin poder creérmelo.

—Joder, joder, joder —mascullo al tiempo que levanto los ojos de las dos pruebas de embarazo.

—Ya ves...

De repente, estallo en gritos de alegría y, tests en mano, me abalanzo sobre mi amiga, a la que lleno de besos entre achuchón y achuchón mientras no paro de canturrear que voy a ser tía.

Postiza, sí, pero tía a fin de cuentas. ¡Qué demonios!

—¿Y James? Se habrá vuelto loco de felicidad, seguro. Con las ganas que tiene de echarte el laz... —freno en seco al ver la expresión de Kat—. No me digas que... Yo lo mato.

—No, no, no, no —intercede al instante, levantando las palmas hacia mí para aplacar mi más que inminente ataque de ira—. No es lo que piensas.

Mi mirada debe de ser todo un poema, porque me toma de las manos, me arrastra hasta el sofá y aparta el portátil y algunos papeles antes de obligarme a tomar asiento. Entonces, con el rostro sonrojado y un brillo vacilante en los ojos, se muerde los labios antes de explicarme que todavía no le ha dicho nada y que se está pensando seriamente el hacerlo.

—Pero... No lo entiendo —murmuro confusa, con el ceño fruncido—. Es el padre, tiene derecho a saberlo, Kat.

—Mi ovulo, mi bebé... —declara para a

continuación terminar diciendo con un suspiro trémulo—: Mi decisión.

Súbitamente, una idea cruza como un relámpago por mi cabeza, pero la desecho al momento porque sé que no va a hacerlo. No va a abortar. No, no, no, no.

—Es su bebé también, no puedes borrarlo de la ecuación. ¡Y él te quiere! —prorrumpo exasperada al tiempo que agito en el aire las pruebas de embarazo—. Por el amor de Dios, si sólo le falta lamer el suelo que pisas. —Siento que me sumerjo en la incredulidad—. No te entiendo.

De las tres, ella siempre fue la romántica, sonriente e idealista. La Charlotte de *Sexo en Nueva York* que creía a pies juntillas que los Príncipes Azules no desteñían, sino que a lo sumo se les apagaba un poco el color con el paso del tiempo. Pero, como ella misma nos solía asegurar, «nada que no se pueda solucionar».

Kat era doña «quiero tener una recua de churumbeles». La que fantaseaba con vivir con el marido perfecto, en la casita perfecta, sin importarle ni un ápice el tener que sacrificar su

brillante trayectoria como ayudante del fiscal para poder vivir su sueño dorado. Así que, ¿a cuento de qué venía todo esto cuando, tanto para Maddie como para mí, estaba más que claro que había encontrado a su pareja ideal en James?

—La verdad es que tampoco entiendo por qué rompes con él cada dos por tres.

—Ya somos dos —confiesa compungida antes de sentarse a mi lado, en el reposabrazos, esconder el rostro tras las manos y dejar escapar un angustiado sollozo—. Vas a decir que son gilipolleces mías, pero a veces todo es tan... perfecto... que me digo que es exageradamente bueno para ser real, que hay gato encerrado. Así que entro en pánico y rompo con Jamie y...

Pero su Jamie no es de los que se rinden con facilidad, quiero terminar por ella, sino que pelea por lo que quiere, sin flaquear. Y es tierno, dulce, romántico y... Resumiendo; el sueño que quiere vivir cualquier mujer cuerda.

De repente me descubro preguntándome si alguna vez Gabriel ha experimentado algo así por alguien, si ha deseado mantener a otra persona a su

lado a toda costa. Pero me digo que no, que él y el amor se repelen igual que el aceite y el agua.

—Silencia tu cabeza y responde con el corazón; ¿dudas de sus sentimientos? Porque yo no lo haría. No después de todo lo que te ha demostrado a pesar de las constantes calabazas —le recuerdo—. Si eso no es amor...

El timbre de la puerta nos interrumpe.

—Tú abres, yo ordeno —me sugiere enarcando una ceja en dirección a mi improvisado despacho.

Murmuro un simple «ok» al tiempo que me levanto del sofá y dirijo mis pasos hacia la entrada del apartamento, para toparme nada más abrir la puerta con el descarado escrutinio de Maddie que, ni corta ni perezosa, me espeta que, con las pintas que me gasto, soy el anti morbo hecho carne.

—Hola. Estoy muy bien, gracias. Y, por cierto, yo también te quiero —mascullo entre dientes.

—Eso último no es ninguna nove... —Su mirada queda fija en mis manos—. Ay, madre —murmura a la vez que me arrebató los tests de

embarazo—. ¡Ay, maaaaadre! —repite prácticamente a grito pelado tras empujarme hacia el interior del apartamento y cerrar la puerta de un puntapié—. ¡Que voy a ser tíaaaaa! —Al momento se pone seria y me fulmina con la mirada—. ¿Se puede saber quién te ha dejado preñada, zorrón?

Coloco las manos en las caderas y siento cómo la agrietada mascarilla empieza a caérseme a cachos del rostro al fruncir el ceño. A mi espalda, Kat sale disparada del salón nada más escuchar el altisonante «zorrón» y se para a mi lado antes de deslizar la mirada de mí a Maddie y de ella a los tests, que siguen en su poder.

—Nadie —aclaro arrancándoselos de las manos—. No son míos.

—Pues perdona, bonita, pero una confusión la sufre cualquiera —me suelta después de aparcar el mini trolley rojo chillón y despojarse de medio armario—. Aunque, ahora que lo pienso, hubiera sido una concepción inmaculada, porque tú no mojas desde hace...

Unas cincuenta horas. Minuto arriba, minuto abajo. Y no es que me haya dedicado a contar el

tiempo desde que Gabriel y yo... eeh... *eso*. Porque no, no lo he hecho. Es sólo que las últimas veinticuatro horas han sido una peculiar mezcla de flashes del «eso» y el post «eso», salpicadas con recurrentes fantasías acerca de él, yo y un cuchillo de carnicero. ¿Tengo que ser más explícita? No, ¿verdad? No obstante, si alguien siente la morbosa necesidad de conocer los detalles... ¿Nadie? Vale, entonces lo dejamos ahí.

—¡Y tú qué sabes! —mascullo herida en mi orgullo propio, sin poder remediarlo—. Para tu información, soy muy... *mojable*.

—Sí, en agua.

Kat se tapa la boca con ambas manos para ahogar una carcajada, pero el peculiar brillo de la risa desborda sus ojos y me doy cuenta de sobra de que está haciendo un gran esfuerzo por no doblarse por la cintura y partirse en dos, como hace Maddie en este preciso momento.

Voy a responderle, pero como a cada segundo que pasa hay más mascarilla en el suelo que en mi cara, doy media vuelta y me encamino al cuarto de baño para quitarme de una vez esa maldita cosa

verde que no estoy muy segura que vaya a hacer nada del otro mundo a mi piel, salvo conseguir que me vuelvan a comparar con una lagartija alienígena.

—Lo que eres es transparente, Dee —apunta Maddie desde el pasillo, alzando la voz—. Y puedo demostrártelo ahora mismo.

Salgo del baño con el rostro limpio, aunque algo sonrojado por el agua caliente que he usado para limpiar hasta el último resto de potingue, y la reto a que lo haga. Así que, ni corta ni perezosa, me planto delante de ella, cruzada de brazos, y espero a que termine su escrutinio para dar por finalizada toda esta tontería y así poder centrarnos de una vez en lo importante; Kat, sus dudas y su inesperado estado de buena esperanza.

—La madre que... —articula abriendo los ojos de par en par—. ¡Tú has visitado Orgasmolandia con alguien hace poco, desgraciada! —Cubre los dos pasos que nos separan, me agarra por los brazos y me zarandea—. ¿Fue con Nathan? Di que sí y cuenta hasta el último detalle, ¡por lo que más quieras!

—¡No!

Soy sometida a un exhaustivo interrogatorio mientras los ojos de Kat rebotan de la una a la otra, como si fuera la asistente de un inesperado partido de tenis, hasta que al final, harta de no coscarse de nada, decide preguntar qué se ha perdido.

—Nada. Cosas de Maddie, que a veces delira.

—Entonces, ¿quién es él? —insiste por cuarta vez—. Desembucha ahora mismo, guapita.

Quiero confesar todo el tema de Gabriel, de verdad que quiero, pero al mismo tiempo me muero de miedo, porque sé que si lo nombro las palabras saldrán de mí como si de una cascada se tratara. Y no me veo capaz de ocultarles información o de mentir.

—Nadie a quien conozcas —vuelvo a repetir. «Al menos en persona», añadido para mis adentros.

De repente estoy muy cansada de los secretos y las verdades a medias. Pesan demasiado en mi ánimo, tanto o más que una roca atada al cuello. Me gustaría sentarme con ellas en el sofá y

desahogarme, pero no soportaría ver el reproche en sus miradas, ni la decepción. Me aterra pensar que su concepto sobre mí se pueda ver irremediabilmente alterado.

—Pero...

—Suficiente —nos interrumpe Kat—.

¿Podemos centrarnos en lo mío?

Una hora y cuarto, medio paquete de galletas y varios chocolates calientes después, me sueno la nariz por última vez mientras me digo que somos un atajo de hormonas sentimentaloides. Luego, le extiendo la caja de pañuelos de papel a Maddie que, aunque no quiera reconocerlo, ha sido la que más ha llorado de las tres. A moco tendido, de hecho.

Cuando ese saco de dudas e inseguridades en que se ha convertido Kat se marcha a mi dormitorio para ponerse el pijama antes de dar por inaugurada la sesión de película, manta y palomitas, Maddie me sigue los pasos hacia la cocina con aire conspirador, lo que me hace pensar que va a volver a la carga con el asunto de mi rollo anónimo. Pero no. Al tiempo que inicia un

acelerado discurso acerca de que si no tomamos cartas en el asunto nuestra Kattie podría cometer un terrible, terriiiiible error, extrae su *iPhone* del bolsillo del vaquero y me muestra el mensaje que le envió a James cuando se escabulló al baño unos veinte minutos antes.

—¡Cómo se te ocurre! —le reprocho entre susurros—. Está demasiado sensible y confusa, ¡podrías empeorar las cosas todavía más! —En un arrebato, le quito el móvil y me giro para teclear en el *WhatsApp* a toda pastilla—. Y con este clima de perros, además. ¿Tú quieres dejar a ese bebé huérfano antes de tiempo o qué?

—¡Qué haces! —Se me echa literalmente encima de la espalda para recuperar su propiedad e impedir que le envíe un contra mensaje a James—. ¡Estate quieta, tonta!

En un momento digno de una película de los Hermanos Marx, terminamos enzarzadas en una trifulca absurda por la posesión del *iPhone* que termina de manera abrupta cuando vemos a Kat con una mano en la cadera y la otra tamborileando en la barra americana de la cocina.

—¿Se puede saber qué os pasa? —Nos dedica su mejor mirada profesional, esa que te hace experimentar unas ganas terribles de admitir hasta los delitos que no has cometido—. De verdad, parecéis niñas de cinco años.

Suena el timbre y las tres giramos la cabeza en dirección a la puerta. Maddie esperanzada, yo aterrada y Kat...

—¿Esperas a alguien más? —me pregunta por encima del hombro al tiempo que se dirige toda resuelta a la entrada con la intención de abrir.

—Sí, a la Parca. —mascullo por lo bajinis para que no me oiga, antes de dedicarle a Maddie una mirada asesina—. Que será la próxima visita que recibiremos como esto no salga bien, tía lista.

—Mujer de poca fe...

—No me vengas con esas, ¡atea!

Le estampo el móvil en medio del estómago, haciéndole soltar todo el aire de golpe. Total... Ya no me sirve de nada.

—Hay que tener fe en el amor, hermana —predica.

—Pero si tú sólo crees en el sexo —le

recuerdo entre dientes.

El grito de Kat me hace dar semejante salto que por poco me doy un cabezazo contra el techo. Bueno, quizá exagere un poco, pero tampoco mucho, ¿eh?

—Si fueras otra persona —musito—, te diría que empezaras a rezar todo lo que se te ocurra para que esto salga bien, pero casi mejor que no lo hagas. No vaya a ser que terminemos en el Infierno.

## Capítulo 4

Vibración, luz azul. Mensaje de texto.

Aparto a un lado el dossier con los tres temas que tenemos que presentar ante el comité de la Gala Benéfica la semana que viene y parpadeo desconcertada al leer el enigmático contenido del mismo.

«Vas a decir que sí».

Opto por ignorar el escueto mensaje, así como a su anónimo remitente, y vuelvo a centrarme en el trabajo.

Vibración, luz morada. Mensaje de *WhatsApp*.

«Y lo vas a hacer en...».

Cotejo el número de teléfono del remitente con el del sms; es el mismo. Miro la foto de perfil de usuario, pero se trata de un *kanji* cuyo significado desconozco, lo que no me aclara para nada su posible identidad.

Antes de que pueda volver a depositar el *smartphone* sobre la mesa de mi despacho, recibo una nueva notificación de la aplicación.

«Tres...».

«¿Quién eres?», escribo con rapidez.

«Dos...».

Se abre la puerta y Nadia asoma su sonriente rostro al interior a la vez que me pregunta si me pilla en un mal momento.

—No, no. —Hago caso omiso del parpadeo morado que me indica que he recibido otro mensaje de *WhatsApp*—. Dispara.

—La secretaria del señor Berling al teléfono —me comunica en voz baja mostrándome el inalámbrico que sostiene en una mano—. Ya le he dicho que tienes la agenda libre de citas para esta tarde-noche, pero insiste en una confirmación verbal por tu parte. —Arruga la nariz con patente fastidio—. ¿Te la paso o...?

La bombilla se enciende en mi cabeza. Vuelvo a entrar en la aplicación mientras le digo a Nadia que ni se moleste en desviar la llamada al teléfono despacho, que me pase el inalámbrico.

«Recuerda el trato», leo.

Sí, es el mismísimo Mefistófeles en persona, maldito sea.

«¡Cómo olvidarlo!», le respondo.

Un par de minutos bastan para que ese demonio, que ha tardado trece días en volver a dar señales de vida, me arruine los planes de esta noche con las chicas. Adiós cena para celebrar el compromiso de Kat, hola supuesta reunión de negocios con Gabriel.

Han pasado casi dos semanas. Trece días durante los cuales he pergeñado en mi imaginación mil y una maneras de cobrarme lo que me hizo sentir la mañana de año nuevo. Trescientas doce horas en las que paladeé por anticipado el dulce sabor de la venganza... para esto.

Sentada en el reservado del exclusivo *Grattard*, observo con cierto aburrimiento la réplica de un Pollock a través del cristal de la copa de mi *French Kiss*, cuyo alargado tallo hago rodar entre mis dedos sin parar.

—Tarde —masco cada letra con palmario enfado tras volver a mirar la hora en el móvil—. Cinco minutos más y me voy.

Le doy un nuevo sorbito a la bebida, apoyo el

codo izquierdo sobre la mesa y dejo caer la barbilla en la palma de la mano con un bufido. Me parece el colmo que, después de echar a perder mi noche, se digna llegar con retraso. Y sin avisar. ¿Tanto cuesta hacer una llamadita? ¿Eh? ¿Pido acaso un imposible? A fin de cuentas, no es como si no tuviera mi número privado. Bastante claro me quedó ese punto esta misma tarde.

Miro la pantalla de mi *smartphone* y siento cómo los dedos me hormiguan ante la tentación de enviarle un mensaje. Uno bien caustico. Pero lo dejo correr, como muchas cosas entre él y yo. Permito que la emoción pase de largo y desaparezca en el horizonte de ese horrendo cuadro que, válgame el cielo, me está empezando a levantar hasta dolor de cabeza de tanto mirarlo.

De repente, una mano enguantada me agarra por la nuca y me obliga a echar la cabeza hacia atrás. Entreabro los labios por la sorpresa, pero cualquier protesta que fuera a salir de ellos muere contra la boca exigente y caliente que me besa hasta privarme de la última brizna de oxígeno.

—Hola, Dee.

—Eres un desconsiderado —balbuceo mientras intento recuperar el resuello.

—Es parte de mi encanto.

Frunzo la boca en un mohín de disgusto mientras el camarero aparece y se lleva consigo el abrigo negro, la bufanda de cachemira de *Hermès* y los guantes de piel de los cuales Gabriel acaba de desprenderse, junto con el encargo de traer una copa de *Romanée-Conti*.

—Veo que has empezado a entonarte.

Se acomoda en el asiento de enfrente y se pasa la mano por el alborotado cabello. Al parecer tiene problemas para domeñar un mechón que, en un claro caso de rebeldía, insiste en continuar cayéndosele encima de la frente a pesar de las continuas pasadas de sus dedos.

Me llevo la copa a los labios y bebo otro sorbo de coctel para no ceder ante el inadmisibile impulso de levantarme de la silla, caminar hacia él y peinarle su negro, denso pelo hasta hacerlo ronronear, arañando el cuero cabelludo en un lento y sensual masaje. Pero al instante me obligo a recordar lo que nos ha traído aquí, lo que me hizo

el otro día, y toda fantasía —incluida la de sentarme en su regazo y comerle la boca hasta sentir cómo se le pone dura— se evapora en el aire.

Dios, soy débil. Lo admito. No sé qué es lo que me hace, pero basta su mera presencia para conseguir derretir incluso mi más firme estado de determinación. ¿No es exasperante?

Sacudo toda clase de pensamientos impropios de mi mente y me centro en la carpeta gris en cuyo interior deposité los esbozos de los tres proyectos que quiere ver.

—He traído lo que solicitaste —le comunico a la vez que pongo los dedos encima del cartapacio y lo empujo en su dirección—. Échale un vistazo y...

Gabriel deposita su mano encima de la mía y me detiene. Levanto la mirada y colisiono de lleno con esos ojos de ónix que me hacen sentir incluso más desnuda que si me hubiera quitado toda la ropa.

—Primero el placer —su voz ronca y profunda me eriza la piel tanto o más que el

ardiente contacto de su palma—, luego los negocios.

Retiro la mano con rapidez, como si me hubiera chamuscado al acercarme en exceso al fuego, y toso para aclararme la garganta antes de hablar.

—Pero tú querías...

—Quiero muchas cosas, encanto —me asegura tras depositar la carpeta a un lado de la mesa—. Cosas que ni te imaginas.

Tengo la mente sucia. Muy sucia. Cada vez que él deja caer estas perlititas, pensamientos oscuros empiezan a revolotear en mi cabeza y encienden mi vientre.

El camarero escoge ese preciso momento para aparecer con la copa de vino de Gabriel y el ambiente se relaja tan rápido que siento como si un elefante acabara de quitarme su enorme pata de encima.

—Y sí, una de ellas es echarle un vistazo a vuestras propuestas porque no podré asistir a la reunión del comité —dice antes de llevarse el *Romanée-Conti* a la nariz e inhalar su aroma—.

Pero ahora mismo no es mi prioridad.

La manera en que me mira por encima del borde de la copa con esos ojos intensamente oscuros mientras paladea un pequeño sorbo de vino resulta demasiado perturbadora, demasiado... pornográfica. Así que descruzo y vuelvo a cruzar las piernas por debajo de la mesa antes de volver a centrarme en mi propia bebida.

Necesito abstraerme de las descarnadas intenciones que intuyo en su mirada y de la lengua de deseo que se enrosca en mi vientre. Tengo que hacerlo para reconducir el hilo de mis pensamientos hacia el mantra que he estado intentando grabarme a fuego todos estos días.

«Cuidado, no bajes la guardia. Gabriel Berling es muy sexy, sí, pero también un auténtico cabronazo de los pies a la cabeza. No caigas, no cedas. Recuerda lo que pasó».

—Disfrutemos de los placeres de la vida, preciosa —murmura al tiempo que vislumbro la punta de su lengua lamer una gota de vino que se ha quedado prendida en su labio inferior.

¿Por qué me lo pone tan difícil?

—Preferiría trabajar primero, si no te importa —insisto en una nueva tentativa de imponer mi idea original; enseñarle los papeles y salir pitando—. Después podrás disfrutar de esos... *placeres*.

Le devuelvo el gesto. Doy un nuevo trago a mi *French Kiss* y deslizo la lengua por los labios con sensualidad, dejándolos jugosos y brillantes.

—Sólo, claro —remato la frase.

Dios, su sonrisa es igualita a la del zorro que está a punto de comerse a todo el gallinero.

—Primero el placer, insisto.

—Pero...

Chasquea los dedos en el aire, dejándome confusa con su gesto.

—¿Sí, señor?

La repentina y silenciosa aparición del camarero, que hace acto de presencia como recién salido de la nada, cual fantasma, me hace dar un respingo en el asiento que provoca que parte del coctel se derrame por mis dedos.

—Tengo entendido que hoy el chef ha desplegado todo su talento creativo.

—Ampliamente.

—Bien —musita a la vez que hace rodar la copa entre los dedos sin dejar de mirarme fijamente—. Dígale que lo dejo a su elección.

El camarero se dirige hacia mí para preguntarme si el chef ha de tener en cuenta alguna clase de restricción a la hora de elegir y niego con un leve movimiento de cabeza, incapaz de articular palabra alguna debido a la penetrante observación a la que me somete Gabriel.

Exhalo mi alivio con disimulo, deposito la copa de coctel sobre el immaculado mantel y me doy una patada mental en el trasero. ¿Qué me pasa? ¿Por qué lo reduzco todo al sexo?

«Porque a eso es a lo que se limita vuestra relación, Vargas. Al sexo. Puro y duro».

—Tranquila, encanto —ronronea al tiempo que se inclina hacia delante, enreda sus dedos con los míos y los lleva a su boca para lamer los restos de la rosada bebida con sensual abandono—. No pienso tumbarte encima de la mesa y follarte hasta el desmayo. —Su lengua gira alrededor de una de las yemas con aire retozón,

haciendo que un escalofrío me recorra la espalda y los pezones se yergan contra el sujetador—. Todavía.

Me libera antes de que tenga tiempo de dar un tirón para recuperar mi mano y oculta una sonrisa presuntuosa tras su copa de *Romanée-Conti* mientras yo intento recuperar la compostura. Lo que no resulta nada fácil cuando lo tengo frente a mí, completamente pagado de sí mismo y arrolladoramente sexy e irresistible.

El primer plato es una tortura. Da igual cuántas veces me diga que tengo que hacerle morder el polvo y conseguir que pruebe un poco de su propia medicina. La cuestión es que no soy capaz de centrarme en mi objetivo e impedir que me enrede con su encanto, con su labia...

—Venga, échale un vistazo a los proyectos — le insisto cuando apoya el tenedor en el plato y se limpia con la servilleta.

—Está bien, impaciente —termina por ceder.

No es que necesite su aprobación. A fin de cuentas la elección de la temática no depende sólo de él, sino también de los restantes seis integrantes

del comité, pero una parte de mí desea saber qué opina de las ideas que hemos estado desarrollando Alberto y yo a lo largo de más de una semana.

Ojea el primero con expresión de extrema concentración mientras yo leo hasta el más mínimo cambio en su rostro. Luego hace lo mismo con el segundo. Y con el tercero. Entonces, regresa al primero y frunce el entrecejo, lo que desata una reacción nerviosa en mí.

—¿Y?

Levanta la mano para que me calle, aparta el plato y coloca los tres proyectos ante sí.

—Estoy... —se cruza de brazos y desliza los ojos de los papeles a mí— decepcionado.

¿Cómo?

—Sinceramente, esperaba más de ti.

Me pongo a la defensiva.

—¿Perdón?

—Lo que has oído, Dee. —Descruza la mano derecha y señala el proyecto número dos—. Este es el menos malo de los tres, pero aún así... —Chasquea la lengua y se recuesta contra el respaldo—. Puedes hacerlo mejor.

Odio que critiquen mi trabajo, pero una parte de mí es consciente de que Gabriel está en lo cierto, que puedo dar mucho más. El caso es que no arriesgué lo suficiente en los planteamientos, lo sé, pero Alberto no quiso jugársela —a saber por qué— y me cortó las alas. Craso error.

Soporto estoicamente la cruel disección individual de cada proyecto y noto que se me suben los colores por momentos. Pero callo y aguanto. Me trago la rabia, la vergüenza, el amor propio. Ingiero la humillación a cucharadas y mantengo a raya mi orgullo, aunque lo que más deseo ahora mismo es dar un puñetazo en la mesa y hacerlo callar de una maldita vez.

—*Esto* no eres tú, encanto —añade cuando ya parecía que no le quedaba nada más que decir—. No te veo reflejada.

Es cierto. Maldito sea, es cierto.

—Veo la mano de tu socio, pero no hay ningún atisbo de la Dee Vargas que conozco. — Los vuelve a meter en la carpeta, me la extiende y prácticamente la deja caer encima de mi plato—. Puedes darle mucho más al comité, puedes

dejarlos sin aliento si te lo propones.

Toma un sorbo de su copa y se queda pensativo durante unos segundos, casi como si estuviera paladeando las próximas palabras que van a salir de su boca.

—Presenta un cuarto proyecto. Tuyo, sólo tuyo. Tu visión.

No puedo hacerlo. No a espaldas de Alberto.

—Deja de pensar, Dee. Puedo oír tus pensamientos desde aquí. Hazlo y punto.

En algún punto del descanso entre el primero y el segundo, incapaz de soportar la situación durante un miserable segundo más, me levanto de la mesa alegando que tengo que hacer una visita al excusado y me llevo el móvil conmigo, solapadamente.

Se acabó, me digo nada más entrar en el servicio y abrir el grifo del agua fría para refrescarme las acaloradas mejillas. No puedo consentir que me manipule e intente seducirme para que destripe mi trabajo sin un atisbo de piedad a renglón seguido.

¿Qué se ha creído? Soy condenadamente

buena en mi trabajo. Soy... una mujer fuerte, osada, con personalidad, y... y...

—Y estás demasiado cachonda como para pensar con coherencia —le censuro al reflejo que me devuelve el enorme cristal.

Vale. Mente fría, serenidad. Respiro hondo una, dos veces, y me digo que esto es la gota que colma el vaso. Que ha llegado la hora de vengarme. ¿Pero cómo? ¿Qué podría fastidiarlo lo suficiente como para conseguir sacarlo de su estado de imperturbabilidad?

Camino de un lado a otro del servicio, mordisqueándome el pulgar mientras pienso a toda velocidad, y de repente veo la luz al final del túnel. Sí, lo tengo. Quizá no sea perfecto, pero tendrá que valer.

Busco en la agenda el número de Nadia y la llamo.

—Necesito que me hagas un favor —le suelto antes de que le dé tiempo a decir nada—. Escúchame con atención...

Tres minutos después estoy de regreso en la mesa.

—Mmmm... Superior —murmuro con una sonrisa cuando el camarero me sirve el segundo plato—. Felicite al chef, por favor.

Inclina la cabeza y se retira en silencio, dejándonos a solas. Entonces, tomo un sorbo del *Petrus* que nos han servido junto al succulento magret de pato y sonrío para mis adentros antes de descalzar el pie derecho y enfilarlo derechito hacia su...

—¿Qué...?!

Dios, eso ha sido muy divertido. Lo he pillado tan de sorpresa que no ha podido evitar dar un respingo en la silla al sentir la insistente presión de mi planta contra su entrepierna.

Pongo mi mejor carita inocente, me llevo a la boca el trocito de carne que acabo de cortar y gimo con los ojos entornados mientras mastico. Todo esto a la vez que empiezo a frotar su ya no tan flácido miembro, que se endurece más y más con cada nuevo restregón.

Gabriel deja los cubiertos en el plato, se reclina con la copa en la mano y abre las piernas para que tenga mejor acceso. Al instante, emite un

gruñido bajo, bebe un pequeño trago de vino y me observa en silencio. Fija, intensamente. Alzo la mirada de mi plato y me deleito en el modo en que sus pupilas se dilatan al mismo ritmo que su pene se engrosa y crece bajo mis atenciones.

De repente, dejo resbalar el pie hasta el suelo, vuelvo a calzarme y me levanto de la silla.

—Apártate de la mesa —le ordeno esbozando una sonrisa traviesa.

Duda por un instante, pero finalmente se retira y me deja el espacio suficiente como para que me siente en su regazo.

—¿Qué ronda esa cabecita?

—Pensamientos obscenos, indecentes, pecaminosos —le susurro al oído con voz sensual—. Quiero tentarte. —Deslizo la mano por su torso con una única meta en mente—. Mmm... —Le mordisqueo la oreja y el cuello mientras le acaricio el pene, trazando sus formas por encima del pantalón.

—Me gusta la idea —jadea al tiempo que busca mi boca y la penetra con su maliciosa lengua—. No seas suave.

No lo soy. Lo masturbo sin clemencia. Duro, rápido. Siento su miembro palpar contra la palma, soberbio, provocador. Enredo la mano libre en su cabello y aspiro sus ruidos guturales, sus gruñidos. Lo llevo al límite de manera febril, incansable, mientras él embiste mi lengua con la suya y me estruja y amasa el trasero.

—Aprieta un poco más, preciosa —ordena con la respiración entrecortada—. Sí, así. Joder... —Sus dientes pellizcan mi labio inferior antes de succionarlo con fuerza—. Baja la cremallera y...

Y entonces, suena mi móvil.

—Es mi asistente —le digo estirando el cuello para ver la pantalla, momento que él aprovecha para morderme la garganta y arrancarme un gemido.

—Que espere.

—No me llamaría si no fuera urgente.

Refunfuña, pero cede. Lo abandono con una última caricia y le soplo un beso antes de coger el móvil y contestar.

—¿Sí?

—¿Tan horrible es cenar con el señor Berling

que necesitas buscar una excusa para huir de ahí?

—Ajá.

—Me parece increíble, ¡con lo guapo que es!  
—suspira Nadia al otro lado de la línea telefónica.

Pongo cara de preocupación de cara a la galería —o sea, Gabriel— cuando en realidad me muero por reír. Puedo imaginarme sin problemas la expresión soñadora que debe de estar cruzando su rostro ahora mismo.

—Y tan asquerosamente rico.

—¿Qué has dicho? No te escucho bien. ¿Eres tú o soy yo? ¿Nadia? ¡Nadia!

—Venga, jefa, sal de ahí de una vez.

—Un momento... —Me giro hacia Gabriel con una disculpa asomando a mis ojos.

—No me jodas, Dee.

Eso es precisamente lo que pienso hacer; joderlo bien jodido.

—Un minuto y regreso —le digo a la vez que deslizo la mirada a su más que visible erección—. Lo terminaré, en serio.

Me deja ir sin sospechar que, en el preciso momento en que atraviese la puerta del *Grattard*,

no volverá a verme en toda la noche.

—Gracias, Nadia —le agradezco nada más recuperar el abrigo y el bolso y salir por piernas a la calle en busca de un taxi—. Te debo una.

—Una cita con un chico interesante no estaría mal —deja caer como quien no quiere la cosa—. Guapo, divertido, con un buen trabajo, que bese bien (sin babas, ya sabes), que no sea un capullo, que odie a los *Red Sox*...

—Eh, alto ahí —la freno antes de que se embale—. Dije que te debo una, no que pueda hacer milagros.

Levanto la mano e intento parar al primer taxi libre que veo, sólo que este pasa de mí por completo para recoger a una chica de piernas interminables que parece sacada de la portada de una revista de moda.

Mierda.

—Oye, tengo que colgar. Voy a ver si consigo transporte antes de pescar una pulmonía.

—Ok, jefa. Cualquier cosa... ya sabes.

Guardo el móvil en el bolsillo del abrigo y saco del maxi bolso una bufanda larguísima que

procedo a enrollar alrededor de mi cuello al tiempo que camino por la acera sin despegar la vista del tráfico.

Apenas he dado ocho pasos cuando veo otro libre.

—¡Taxi! —Esta vez levanto ambas manos, lo que me debe de hacer parecer un poco desesperada, pero me da igual—. ¡¡Taaaaxiiii!!

Frena a mi altura, me meto en el interior con rapidez y le doy la dirección de Maddie.

Sólo cuando al fin nos ponemos en marcha, dejo escapar un suspiro y me río por lo bajito, al igual que una niña que acaba de cometer una diablura.

¡Ja! Ahora mismo Gabriel debe de estar sufriendo el peor caso de pelotas azules de la ciudad. ¿Siento remordimientos, aunque sean unos poquitos de nada? No. Al contrario, lo estoy disfrutando de lo lindo.

Señor... qué bien sienta ser mala.

## Capítulo 5

Cada vez que recuerdo lo sucedido anoche, esbozo una amplia sonrisa, igualita a la de ese gato de *Alicia en el País de las Maravillas*. ¿Cheshire? Bueno, da igual. El nombre no es relevante, lo que cuenta es la idea. Y se capta a la perfección, ¿verdad?

Llevo así toda la mañana, incapaz de dominar las comisuras de mi boca que se elevan una y otra vez en cuanto me descuido, aunque a ratos no puedo dejar de dar vueltas a la cabeza a lo raro que resulta el silencio de Gabriel. ¿Se habrá cabreado de verdad? ¿O tan sólo se trata de una retirada estratégica para lamerse su orgullo herido? Sea lo que sea, ahora estamos en tablas. Lo que es justo, a mi parecer.

—*Quid pro quo* —musito para mí mientras hago girar la silla del despacho hacia el ventanal y mordisqueo el bolígrafo con aire distraído.

Es la hora de la comida y la oficina de *Candilejas* es un remanso de paz. Alberto, que fue el último en ir a agenciarse algo con que llenar el

buche, pasó por mi despacho para invitarme a comer hará ya unos cinco minutos. Pero yo preferí quedarme aquí, a solas con mis pensamientos, los recuerdos de anoche y una hoja en blanco. Un maldito folio que está resultando todo un reto.

«Sinceramente, esperaba más de ti».

Su voz resuena en mi cabeza, grave y profunda, haciendo que la sonrisa se esfume de mi rostro de un plumazo.

«No hay ningún atisbo de la Dee Vargas que conozco».

Hinco los dientes con saña en el capuchón y dejo estampado en el plástico la huella de mi rabiosa mordedura al tiempo que experimento el deseo de hacerlo en la carne de Gabriel.

«Puedes darle mucho más al comité, puedes dejarlos sin aliento si te lo propones».

Ya no sé qué me duele más; si las crudas palabras que salieron de su boca cuando le sacó los colores a los tres proyectos en una inacabable, meticulosa y feroz disección o el tener que admitir que tiene razón.

«Presenta un cuarto proyecto».

No, imposible. Sería como asestarle una puñalada por la espalda a mi socio. Si lo hago, tiene que ser de frente. Y es que puedo ser muchas cosas, puedo haber cometido muchos pecados, pero hacerle eso a Alberto... Ni hablar. Porque aunque una parte de mí quiera demostrarle que su enfoque es el erróneo, como dejó bien patente Gabriel durante la cena, hacerlo de ese modo sería... rastrero, ruin.

«Tuyo, sólo tuyo. Tu visión».

—Cállate —dejo caer el bolígrafo en mi regazo, cierro los ojos y me tapo los oídos con las manos—. Cállate, cállate.

Hacer eso sería... caer más bajo de lo que ya lo he hecho. Perderme, irremisiblemente. Me guste o no, ya vendí mi cuerpo al demonio. ¿Es que acaso deseo agregar al monto mi alma?

—¿Sabes que es lo más triste, Vargas? Que lo harías. Si él te lo pidiera, lo harías.

Puso a mis pies la segunda gala por antonomasia de esta puñetera ciudad —después de la de la *MET Costume Institute Gala*— y me sirvió en bandeja la posibilidad no sólo de

consagrar a mi bebé, mi sueño dorado llamado *Candilejas*, sino de poder continuar disfrutando de él, de su desenfrenada pasión. En mi vida, entre mis piernas.

Tal vez Gabriel Berling hubiera ganado mi voluntad y mi cuerpo hasta el día de la gala. Es probable que tuviera en su poder la llave para esclavizarme sexualmente, de atarme a él y a sus apetitos. Pero yo no podría decir ni ahora ni nunca que este trato, por muy amoral que sea, no me fuera a reportar pingües beneficios tanto en mi carrera profesional como en mi intimidad.

A mi espalda, el *smartphone* vibra sobre la mesa, atrayendo mi atención. Giro la silla, lo tomo en la mano y leo el mensaje que acabo de recibir de —¡adivina, adivinanza!— Mefistófeles en persona.

«Hay un coche plateado aparcado justo delante del edificio. Sube y termina lo que dejaste inacabado en el *Grattard*».

—Pues va a ser que no.

Le respondo con la típica excusa de «estoy ocupada, tengo mucho trabajo, otra vez será...».

Blablablá.

«Está bien».

Parpadeo asombrada y algo desilusionada. ¿Así de simple? ¿El gran tiburón, el implacable Berling se rinde con un escueto «Está bien»? No, no puede ser. Es demasiado irreal para ser verdad. Él no se da por vencido, no cede la presa tan fácilmente. Jamás. Entonces, ¿por qué? ¿Cuál es la verdadera naturaleza de ese «Está bien»? ¿Qué se esconde tras esas dos palabras?

Dejo el móvil encima de la mesa y me masajeo las sienes. Creo que me estoy volviendo loca. Tengo la sensación de que, en lo tocante a Gabriel, soy una debutante. Una pobre novata que da pasos inciertos en zona pantanosa. O en un campo de minas. Sí, lo segundo se adecua más a él. No logro quitarme de la cabeza que, si piso donde no debo, me hará volar por los aires.

De repente, la puerta de mi despacho se abre con violencia y golpea el perchero, haciéndolo oscilar de manera precaria.

Oh... Dios... mío.

Intento recomponerme de la impresión como

buenamente puedo, pero necesito tiempo. Recojo el bolígrafo que había dejado caer en mi regazo y lo hago girar entre los dedos, eludiendo su mirada, antes de acomodarme en la silla y fingir que trabajo.

—Como puedes observar, estoy muy ocupada.

Gabriel arquea una ceja y se cruza de brazos.

—Sí, sí, ya lo veo —bufa con sarcasmo.

Me levanto y planto ambas manos sobre la mesa, dispuesta a deshacerme de él ahora mismo.

—La cuestión es que no tengo tiempo —nos medimos en silencio—, así que más te valdría volver por donde has venido, porque no puedo atender tus... *caprichitos*.

Para mi desasosiego, entra en el despacho y cierra tras de sí con un sonoro portazo que hace temblar todo. Yo incluida.

—Entonces, si no te importa, me quedaré aquí mismo —responde mientras camina hacia la silla que está al otro lado de la mesa y se sienta con provocadora serenidad—. Esperando.

No. No, no, no, no.

—Tengo todo el día. —Cruza las manos tras la nuca y se repantiga—. Puedo esperar hasta que te decidas a cumplir tu parte del trato, encanto.

Me obligo a no perder la calma, a mantener una fachada de indiferencia que, para mi mortificación, parece que empieza a resquebrajarse por momentos.

Trago un exabrupto y me muerdo la cara interna de la mejilla hasta que noto el escozor de las lágrimas. Lágrimas rabiosas, impotentes. Me está acorralando, colocándome entre la espada y la pared para que me doblegue a lo inevitable. Para que me someta a él.

Miro la hora en la pantalla del ordenador. El tiempo destinado para la comida se agota poco a poco y sé que si no lo despacho con rapidez, tendré que inventarme alguna patraña que justifique su presencia. Y estoy tan, tan cansada de esta red de mentiras...

—¿Qué tengo que hacer para que te vayas?

—Ahora empezamos a hablar un idioma parecido. —Entrecierra los ojos y chasquea la lengua—. Pero no lo suficiente.

—¿Qué deseas de mí? —siseo con fingida sumisión, prácticamente mordiéndome la lengua para no agregar la coletilla de «Oh, Amo y Señor».

—Satisfacción.

—¿Y cómo quieres que te satisfaga? —pregunto a bocajarro, de un tirón. Como quien se arranca un esparadrapo, vamos.

La respuesta a ese «cómo» es una elocuente y cínica sonrisa que me hace estremecer. Doy un paso vacilante hacia atrás, temerosa de la respuesta que se avecina, y la parte posterior de mis rodillas choca contra la silla de despacho, haciéndome caer sentada de golpe.

—Te quiero de rodillas... —ronronea.

Abro y cierro la boca sin lograr emitir ningún sonido, lo que me debe de hacer lucir como un besugo boqueando fuera del agua. ¡Genial!

Gabriel se levanta y procede a desabrocharse la chaqueta, para quitársela a continuación con un lento movimiento que me seca la garganta y dejarla doblada sobre el respaldo del asiento. Entonces, avanza hacia mí, con andares felinos, mientras

desabotona los puños de la camisa y los remanga, dejando a la vista sus antebrazos.

Se inclina sobre mí, apuntalando una mano en cada apoyabrazos, y empuja el asiento hacia atrás, haciendo que el rumor de las ruedas al moverse rompa el tenso silencio que nos rodea.

—Y no para suplicar.

Sus palabras desatan en mí una reacción en cadena. Mi corazón se acelera, el aire se atasca en mis pulmones... Y en mi vientre, surgiendo de entre las espirales de fuego y deseo, se desencadena un intenso, profundo hormigueo que me hace apretar los muslos el uno contra el otro, con fuerza.

No puedo evitarlo. Cuando su boca se cierne sobre la mía en una clara invitación a saborear las mieles de su desgarrador erotismo, entrecierro los párpados y me abandono al abrasador contacto de sus labios, a la fiereza de sus besos y las hábiles y decadentes caricias de su lengua.

Se aparta apenas la distancia de un suspiro, como si fuera a romper la sensual unión de nuestras bocas, y yo lo sigo, uniéndonos de nuevo

en un húmedo baile de jadeos apagados. Repite el gesto e insisto en continuar prendida a sus lascivos labios. Y así, poco a poco, termino levantándome por completo del asiento, hasta que nuestros cuerpos se aprietan el uno contra el otro y yo le agarro el rostro entre las manos para a continuación deslizar los dedos hacia su pelo. Su suave, denso pelo que se siente como seda.

Me encaja entre sus piernas y percibo la pujante y cruda intensidad de su deseo contra el vientre, lo que dispara el mío propio.

Tomándome por la cintura, nos hace girar hasta que colisiono con el borde de la mesa. Entonces, me apoya allí y se retira, dejándose caer a continuación en la silla que acabo de abandonar.

—Venga, encanto —me urge al tiempo que se acomoda y extiende la palma de su mano hacia mí—. Hazme feliz.

Este es mi castigo por lo de ayer. Las malas acciones siempre tienen consecuencias y yo me he saltado a la torera todas y cada una de las normas de nuestro trato, aún a sabiendas de que él podría hacer precisamente esto; reclamar lo que es suyo.

Y yo lo soy. Suya, completamente suya. Al menos hasta la Gala.

Hago de tripas corazón y me trago la miríada de sentimientos encontrados que me zarandean como si fuera una hoja al viento. Ya no sé qué es lo que pesa más en mi ánimo porque, sinceramente, ahora mismo podría comérmelo a besos o cruzarle la cara de un manotazo por hacerme sentir como si me estuviera prostituyendo.

Alargo la mano y deslizo los dedos por su palma, hasta que Gabriel cierra los suyos alrededor de mi muñeca, exigente, y me arrastra hacia abajo, en dirección al espacio que se abre entre sus piernas.

—Buena chica —me suelta con una última caricia.

De rodillas frente a él, alzo los ojos del suelo al mismo tiempo que mis manos se desplazan por sus muslos y paro al llegar al negro cinturón de piel.

Es ridículo, quizá, pero estoy nerviosa. De repente me doy cuenta de que hacerle una felación a Gabriel Berling es peor que intentar que te

admitan en el máster de Economía de la Universidad de Harvard con una puntuación en el test GRE que no ronda ni por asomo los 700.

Me armo de coraje, tomo aire en una respiración inacabable y tremulosa e intento ignorar su hinchado pene constriñéndose ansioso contra la tela del pantalón. Entablo una lucha con el cinturón, desabrocho el botón y deslizo la cremallera hacia abajo, que cede con un decadente *ziiip*.

—Sigue —me insta alzando las caderas del asiento cuando hago ademán de retirar mis manos.

Engancho los dedos en las presillas del pantalón y tiro hasta que cae con un quedo susurro. El contorno de su largo, erecto miembro, es subversivo. Su sola visión podría causar un motín en un convento.

Me lamo los labios y empiezo a acariciar sus muslos a la vez que agacho la cabeza hasta rozarlo con la boca por encima de la ropa interior. Entonces, deposito besos a lo largo de su palpitante longitud, sigo más allá de la mancha de humedad que confiesa silenciosamente lo excitado

que está y asciendo en dirección a su ombligo, que baño con sugerentes barridas de lengua.

Gabriel murmura algo que no entiendo, pero que a mis oídos suena alentador, y deshago el camino hasta llegar a la cinturilla del calzoncillo. Una vez allí, exhalo un cálido soplo sobre su piel y engancho el tejido con los dientes para tirar de él hacia abajo.

Me ayudo con las manos cuando la prenda amenaza con quedarse atascada y le propino un ligero azote para que eleve las caderas y me facilite la tarea.

Admiro su miembro ya liberado, que aflora inhiesto y soberbio del vello azabache que cubre su pubis. Le paso el índice por los testículos, lo hago ascender desde la base del hinchado tallo hasta el oscurecido glande y trazo círculos cada vez más apretados alrededor de la gota de semen que rezuma de la cabeza de su pene.

Lo agasajo con un largo y resbaladizo lengüetazo que termina cuando me llevo conmigo la primera lágrima de su deseo. Lágrima que paladeo con los ojos cerrados y el rostro

embargado por la sensación de poder que experimento al saber que, en el fondo, él está a mi merced. Que ha depositado en mí una más que preciada parte de su anatomía aún a sabiendas de que en cualquier momento podría decidir arrancársela de un mordisco. Lo que haría si no fuera porque la excitación compartida que nos une en este instante ha barrido de mi mente todo afán de vengarme de nuevo.

Ciño la erección con el calor de mi boca e inicio un lento movimiento de cabeza al tiempo que rodeo la base con la mano. Me muevo arriba y abajo una y otra vez, ganando velocidad y arrancándole vibrantes jadeos, saboreándolo con entusiasmado brío, hasta que aúno a la tortura de mi boca el vaivén de mis dedos en torno a la turgente carne empapada por mi saliva.

De repente, recuerdo el lugar en el que estamos y me vuelvo angustiosamente consciente de que en cualquier momento los demás van regresar a la oficina, así que redoblo el ritmo e instauo una velocidad endemoniada, temerosa de que esa puerta se abra y me pillen comiéndosela

en mi despacho nada más ni nada menos que a Gabriel Berling.

—¿Por qué corres, preciosa? —pregunta agarrándome de la melena que se desparrama por mi espalda, en un intento por frenarme—. Tengo todo el tiempo del mundo, así que lo quiero despacio. —Enreda los dedos en mi pelo y me obliga a ralentizar—. Sí, así, perfecto —gruñe satisfecho cuando cedo con un sollozo quedo y adopto la cadencia que él desea—. Tómame tu tiempo.

¡Despacio, su madre! Si no fuera porque sé que después tendré que pagar por ello, en este momento haría sushi con sus pelotas.

—Chúpamela, Dee —jadea cuando atormento su frenillo con rápidos aleteos de lengua—. Usa esa preciosa y caliente boquita y toma mi polla hasta el fondo.

Hago lo que me pide, desciendo a lo largo de su dureza acogiendo todo lo que puedo y un poco más. Deslizo las manos por debajo de sus nalgas y las ahueco en las palmas mientras le aprieto la base del pene con los labios e inhalo el almizcle

que exuda. Entonces, inicio un interminable movimiento ascendente durante el cual lo succiono con fuerza, extrayendo un gutural bramido de su garganta.

Sigo así durante no sé cuánto tiempo. De repente el gotear de los minutos pasa inadvertido para los dos. Yo porque me encuentro entregada a la tarea de complacerlo con mi boca, con mis manos... Él porque parece estar sumido en el abismal imperio de los sentidos, más allá de su propia piel.

—Sí, joder, sí. —Sus caderas respingan al sentir los lúbricos giros de mi lengua en sus testículos y el despiadado bombeo al que someto a su miembro, que masturbo con febril intensidad—. Hazlo durar.

¿Cómo? Si ni siquiera él mismo es capaz ya de controlar sus movimientos reflejos. ¿Cómo? Cuando siento la manera en que sus manos se crispan en mi cabeza y su trasero se tensa y eleva del asiento cada vez que lo albergo en mi boca, llevándolo hacia la garganta; cada vez que jugueteo con mis dientes, mordisqueando con

mimo su glande.

—Me voy a correr —sisea al cabo de un rato—. Tómallo todo, Dee. Traga —ordena con un gruñido al tiempo que impone un ritmo castigador que termina en el preciso instante en que un sonoro y largo rugido sacude su pecho y siento cómo los chorros de semen impactan contra el fondo de mi garganta—. Sigue, no pares.

Su pelvis no deja de moverse con demandantes acometidas y yo continuo castigándole el pene y bebiendo su eyaculación hasta que las rabiosas convulsiones llegan a su fin y Gabriel se desploma rendido sobre el asiento, respirando de manera irregular.

Lo libero y me limpio con la punta de la lengua la blanquecina y densa gota de su esencia que me resbala por la comisura de la boca al tiempo que me siento sobre los talones con un suspiro y lo observo.

—Ven aquí, preciosa —murmura mientras me toma por la barbilla y me atrae hacia él.

Me levanto del suelo y, de nuevo de rodillas, deslizo las manos por el delicioso tejido que

recubre su torso antes de permitirle que subyugue mi boca con hambrientos besos de lengua profunda una y otra vez, hasta que siento que las piernas me tiemblan y la cabeza me da vueltas.

—Gabe...

El insistente timbre de un teléfono rompe de lleno el momento. No es el mío, sino el suyo.

—Pásamelo, ¿quieres? Está en un bolsillo del pantalón.

Rebusco hasta que doy con él y lo deposito en su mano.

—Gracias.

Sonríe y me da un pícaro golpecito en la punta de la nariz mientras observa la pantalla de su *Nexus 5* con el entrecejo fruncido.

—*Konnichiwa*, Tanaka —responde a la llamada en japonés.

A partir de ahí me pierdo. Mis conocimientos en otros idiomas se reducen en la inmensa mayoría de los casos a «hola», «adiós», «ayuda, por favor» y «quiero comer». Y, además, Gabriel habla endiabladamente rápido.

Me hago a un lado cuando se levanta y,

sosteniendo el móvil contra la oreja con el hombro, se viste con movimientos rápidos y precisos, absorto por completo en la conversación que está a mantener con sabe Dios quién. Una conversación que no dura mucho, puesto que al cabo de poco más de tres minutos se despide

—Tengo que marcharme —dice inmediatamente después de colgar al tiempo que se pasa una mano por el pelo y lo peina hacia atrás.

No me gusta el tono de su voz, ni tampoco el repentino distanciamiento que revela en su lenguaje físico. Es como si de sopetón Gabe, el hombre al que apenas minutos antes le hice la mamada más entregada de toda mi puñetera vida, se hubiera retirado a un segundo plano, dando paso a la glacial e impasible máscara de Gabriel Berling en modo «negocios».

Baja las mangas de la camisa según camina hacia la silla en la cual dejó su chaqueta, abotona los puños y recoge la prenda enganándola con un par de dedos por el cuello para luego echársela por encima del hombro mientras se dirige hacia la puerta.

—Ya te llama...

—Vete a la mierda —lo corto antes de que retome la misma línea de despedida que la mañana de año nuevo en mi apartamento—. Vete. A. La. Puñetera. Mierda.

Da media vuelta y me dedica una mirada imperturbable.

—¿Me dejas terminar la frase?

—¿Me dejas que la termine yo por ti, *encanto*? —prácticamente le escupo esto último.

Gabriel eleva una ceja, pero la expresión de su rostro sigue siendo totalmente ilegible, por lo que me siento como si estuviera mirando las tapas de un libro cerrado a cal y canto.

—¿Estás enfadada por algún motivo en especial o...?

—¡Y me lo preguntas! —Me pellizco el puente de la nariz a la vez que noto los primeros pinchazos del dolor de cabeza que siempre me ataca cuando me cabreo—. Olvídalo. Vete de una maldita vez y... —Le señalo la puerta, cansada. ¿Por qué tiene que ser tan cabrón?—. Sencillamente lárgate.

Le doy la espalda, me abrazo la cintura y espero a escuchar el sonoro *click* de la puerta para contar hasta veinte con suma lentitud, casi triplicando el espacio entre segundo y segundo. Sólo entonces, cuando sé que él ya no puede oírme, agarro el lapicero y lo estrello con furia contra la pared, rompiendo el cristal de la lámina del *We Can Do It!* de J. Howard Miller en cachitos.

## Capítulo 6

Acabo de llegar a casa y apenas he tenido tiempo de quitarme de encima la ropa de abrigo cuando el teléfono inalámbrico empieza a sonar.

Ni siquiera me molesto en mirar el identificador de llamadas. Dejo que el timbre me machaque los oídos hasta que al fin salta el nuevo contestador automático —puesto que el anterior murió en acto de servicio cinco días atrás— y la voz de mi portero favorito resuena alta y clara desde el salón.

—Ya sé que las órdenes respecto a ciertas visitas fueron claras pero... —carraspea—. La cuestión es que el señor Berling no cesa en su empeño y...

Me abalanzo sobre el teléfono y descuelgo.

—Estoy aquí, estoy aquí —respondo—. ¿Dijiste Berling? ¿Gabriel Berling?

—Sí —suspira con fastidio—. Es tan exasperantemente insistente que no me ha quedado más remedio... ¡Eh! ¡Alto ahí!

—¿Qué pasa?

La única respuesta que recibo es el ruido del auricular del teléfono de la portería al chocar contra algo y el sonido de los pasos apurados de Mike.

—La madre que lo parió —masculla al poco rato—. Perdón por el exabrupto, pero es que se me ha escapado.

¿Qué significa eso?

—Mucho me temo que lo tendrá a su puerta en cualquier momento —me avisa—. Lo siento, de verdad que lo siento.

Le aseguro que no pasa nada, que no es culpa suya, y corto la llamada para quedarme observando el inalámbrico con cara de circunstancias. ¿A qué viene ahora esto? ¿Es que no tuvo suficiente en *Candilejas* que tiene que venir a buscarme las cosquillas a mi propio apartamento?

Dejando caer el teléfono encima del sofá, me dirijo hacia la entrada con la intención de esperarlo en el hall distribuidor de la planta, pero nada más poner la mano en el picaporte y abrir la puerta me topo de bruces con Gabriel, que se

queda con el dedo congelado a un tris de pulsar el timbre.

Descanso el hombro contra el marco y me cruzo de brazos, dedicándole una mirada de pocos amigos que a él parece importarle bien poco, porque al momento apoya el antebrazo por encima de mi cabeza, aparta la chaqueta con la mano e introduce esta en el bolsillo del pantalón antes de inclinar su rostro sobre el mío con la clara intención de besarme.

—Lárgate.

Giro la cara y sus labios terminan estrellándose contra mi mejilla. Su contacto es suave, cálido, pero me niego a que el poder que ostenta sobre mi cuerpo tome el control de la situación.

—Dee... —ronronea a la vez que cubre con sensuales besos mi mandíbula y comienza a descender hacia el cuello—. Vengo en son de paz, encanto.

Planto la mano derecha en el centro de su pecho y lo empujo con fuerza, en un intento por apartarlo de mí lo máximo posible. ¿Paz? ¡Ja! Eso

no se lo cree ni él. Lo que pretende es ablandarme para volver a meterse dentro de mis bragas esta noche, pero si piensa que va a poder... lo lleva claro.

—Lár-ga-te.

Resopla y permite que lo empuje un miserable palmo. Siento sus músculos tensos bajo mi palma, el calor que irradia su piel filtrándose a través de la camisa. Extrae la mano del pantalón y la apoya encima de la mía, apretándola contra su pecho mientras se mantiene apoyado a la puerta con la otra. Enlaza nuestros dedos y se los lleva a los labios para besarlos con abrasadora sensualidad.

Experimento cómo mi corazón efectúa una voltereta hacia atrás cuando la punta de su lengua me acaricia la yema del pulgar en un gesto lánguido que termina con sus dientes raspándome el dedo hasta hacerme estremecer presa de los escalofríos.

—Para —mi voz es pura súplica—. No...

Abandona mi mano, da un paso hacia el frente y me acorrala de nuevo. Noto la manera en que su

aliento se estrella contra mi sien, el firme agarre de sus manos en torno a mi cintura. Mis ojos se cierran con un aleteo de pestañas y trago saliva.

—Bandera blanca.

Los abro de golpe, sin entender muy bien lo que acaba de decir.

—¿Perdón?

—He venido para tenderte una bandera blanca —aclara—. Necesitamos un alto el fuego.

¿Dónde está la cámara oculta? ¿De verdad piensa que me voy a tragar esa patraña? Por favor... Si algo tengo claro a estas alturas de partido es que las supuestas banderas blancas de Gabriel destiñen. Y mucho.

—No me digas —le suelto caústica al tiempo que lo agarro por las muñecas y tiro de ellas para que me deje ir—. ¡Qué generoso por tu parte!

—Se trata de un acto de puro egoísmo, créeme.

Me arrastra al interior del apartamento y cierra la puerta tras de sí. Entonces, apoya la espalda contra ella y me atrae hacia su cuerpo para atacar mi boca con la suya y despojarme de toda

voluntad.

—Es imposible resistirse, preciosa — murmura sobre mis labios, rozándolos con cada palabra—. No malgastes energías en una lucha que ya tienes perdida de antemano.

Su petulancia me enerva. Le muerdo el labio y me revuelvo entre sus brazos, sólo para terminar incrustada en la pared, con las manos fuertemente restringidas encima de mi cabeza. Tan pegados el uno al otro que no existe aire entre nosotros. Sólo una corriente ardiente y virulenta, capaz de calcinarme hasta los huesos.

—¡Para!

No sé muy bien por qué, pero la cuestión es que le obedezco. A pesar de que la cabeza grita que siga resistiendo, mi cuerpo decide ignorar sus advertencias y escoge someterse a él. Ciegamente.

—Escúchame bien —se inclina hasta que su nariz roza la mía—. Te quedan quince minutos para hacer la maleta.

—Pero...

—Tenemos un trato, ¿recuerdas? —Sus ojos de ónix chispean—. Mía, Dee. Por completo. —

¡Cómo olvidarlo!—. Lo que yo quiera, cuando lo quiera, donde lo quiera.

No necesito que me refresque la memoria porque no hay momento del día en que no reviva el momento en que sellé el pacto con su infernal Majestad. Lo tengo demasiado fresco como para poder olvidarlo. Y aunque lo intentara, él no me dejaría.

—Y te quiero este fin de semana, así que te vienes conmigo.

—Tengo trabajo.

—Buen intento —sonríe con cinismo—, pero insuficiente. —Me libera y deposita un beso en la cara interna de cada una de mis magulladas muñecas—. No eres una empleada, puedes encontrar cualquier excusa —señala—. Usa la imaginación.

No, no soy una empleada, pero sí copropietaria. A Alberto no le hará ninguna gracia que me tome libres el viernes y el sábado. No estando en vísperas de la reunión con el comité y con dos eventos que atender durante este fin de semana.

—Catorce minutos.

Si desaparezco y dejo que se encargue solo de todo, le dará una apoplejía. Lo sé. Pero si no lo hago, si no me voy con Gabriel y quebranto nuestro trato definitivamente... entonces la mierda podría salir a flote y eso sería mi perdición y la de *Candilejas*.

No es como si tuviera muchas opciones, ¿verdad?

Salgo corriendo hacia el dormitorio, abro las puertas del armario de par en par y bajo la maleta de mano del altillo. Entonces, cuando la pongo encima de la cama y deslizo la cremallera, me doy cuenta de que no tengo ni la más remota idea de lo que se supone que he de introducir en ella.

—¿Puedo saber a qué sitio me llevas o es alto secreto? —le pregunto alzando la voz.

Miro por encima del hombro al escuchar el sonido de sus pasos y lo veo enmarcado por la puerta de la habitación. Su presencia tan imponente que lo empequeñece todo a su alrededor.

—Te daré tres pistas; hay nieve, no vamos a

hacer vida social y pienso tenerte desnuda la mayor parte del tiempo. ¿Aclara eso tus dudas?

Entonces, ¿para qué demonios estoy haciendo la maleta?

## Capítulo 7

—¿Qué haces?

Ni siquiera me tomo la molestia de despegar la nariz del *smartphone* para responderle. Me limito a deslizar el dedo por la pantalla táctil a velocidad de vértigo al tiempo que le comunico que lo que hago es escribirles un mensaje a mis amigas en el cual les pido que, si el lunes no doy señales de vida, llamen al FBI, a la CIA y hasta a la Policía Montada del Canadá.

Veo por el rabillo del ojo que arquea las cejas e intenta solapar el esbozo de lo que parece una sonrisa de diversión detrás de su vaso de whisky. A veces tengo la sensación de soy una especie de circo de tres pistas para él. Con la fama de serio e hierático que tiene, me sorprende la cantidad de ocasiones en las que lo he visto sonreír en mi presencia.

—Entiendo lo de los dos primeros pero... ¿la Policía Montada?

Salgo del *WhatsApp*, deposito el móvil en el regazo y tomo la humeante taza de café con leche

que me dejó la azafata en la mesita que está a mi derecha apenas un par de minutos antes.

—Ya puedes ir borrando de tu cara esa expresión de «me estoy tirando a una pirada». — Ahí está de nuevo la sonrisa, sólo que esta vez no se molesta en ocultarla—. ¿Y si me estás arrastrando a Canadá, eh?

—Necesitarías pasaporte.

Mierda, es cierto.

Arrellanada en el confortable asiento de piel blanca del *Gulfstream* de Gabriel, me pellizco el labio con aire distraído al tiempo que mantengo la mirada en algún punto perdido del panel negro que separa la zona en la que estamos de sabe Dios qué. ¿Tendrá ahí un dormitorio?

—Me siento generoso, así que te daré otra pista; volamos hacia el sureste.

Sus ojos recaen en el *Omega* que me puse antes de salir del apartamento. Extiende el índice de la mano con la que sostiene su bebida y señala hacia mi muñeca izquierda antes de llevarse el vaso a los labios y beber un trago.

—Retrásalo dos horas.

—¿Otra pista? —Me saco el reloj y giro la corona hasta la hora adecuada—. El *jet lag* me pone gruñona, avisado quedas.

—Lo tendré en cuenta.

Deposita su whisky encima del posavasos y pulsa un botón del pequeño mando con el que ha estado jugando con la mano libre. Al momento, una finísima pantalla de plasma emerge del mueble negro y blanco que ocupa gran parte del lateral izquierdo de la cabina.

—Nos quedan unas cuantas horas de vuelo por delante.

Lo presiona de nuevo y la *smart tv* regresa al sitio del cual había salido apenas unos segundos antes.

—¿Quieres ver una peli? —le pregunto.

No me chupo el dedo. Conozco de sobra la clase de intenciones que rondan esa cabecita retorcida, y ninguna es de tipo cinematográfico, pero me gusta oírsele decir así que decido hacerme la tonta durante un ratito.

—¡Pues me parece genial!

Tras levantarme de mi asiento, me tiro en el

largo sofá de piel blanca y, una vez acomodada, agarro el cojín negro más cercano y me tumbo de lado, al estilo romano. La cara de Gabriel no tiene precio, sobre todo cuando le pregunto cuales tiene en la memoria interna de ese cachivache.

—¿Qué me dices de una porno?

Me estoy estirando hacia la mesita para recuperar la taza de café, pero al escucharlo me quedo completamente petrificada. Entonces, todavía algo atónita por su respuesta, giro la cabeza y lo observo por encima del hombro.

—Estás de broma.

Niega en silencio, se echa hacia delante y, apoyando los antebrazos en sus piernas, entrelaza los dedos al tiempo que me mira fijamente.

—Permite que me explique. —La pantalla vuelve a surgir de las entrañas del mueble—. No estoy interesado en ver una de esas ridículas películas porno con rubias siliconadas. —Respiro aliviada—. Tengo algo mucho más interesante que eso en mente.

Todo mi cuerpo se tensa y me incorporo de golpe del sofá. De repente ya no respiro tan

aliviada. ¿Qué demonios está tramando?

Gabriel abandona su asiento y empieza a desabrocharse la camisa de manera lenta, sensual, mientras camina hacia mí con un brillo depredador en los ojos que me deja bastante claro cuál es su objetivo; devorarme en todos los sentidos.

—Gabe... —Se me escapa una risita nerviosa—. Acuérdate de la tripulación. —Me pongo en pie y reculo sin darle la espalda ni por un instante—. No quieres hacerlo con dos pilotos y una azafata al otro lado de esa puerta.

Vale, sí que quiere hacerlo. La camisa que acaba de tirar en la moqueta gris y negra que recubre el suelo del jet es una prueba más que elocuente de sus intenciones y —¡Oh, Dios mío!— su increíble y fibroso torso es... es... Simplemente demasiado para mi nivel de resistencia. Así que, a riesgo de equivocarme —aunque todo apunta a que no—, parece que voy a ingresar en el *Club de la Milla* con Gabriel Berling. De manera bastante inmediata, además. Y maldita sea si mis hormonas no están repartiendo tickets de entrada para la *Happy hour*.

—Ven aquí, preciosa.

¿Por qué le gustará tanto montárselo en los lugares más insospechados? Una galería de arte, el observatorio del Empire State, mi despacho, el reservado del *Grattard*... Espera, eso último fue culpa mía así que contar, lo que se dice contar... pues va a ser que no.

—No huyas.

Finalmente me dejo atrapar —¡cómo si hubiera escapatoria posible!— y terminamos enredados en un tórrido abrazo de cuerpos y lenguas que concluye cuando me arrastra de regreso al sofá y empieza a quitarme la ropa sin mayor dilación.

—Aclárame lo del porno —le pido mientras lo hago girar boca arriba y me siento a horcajadas encima de él.

—Prefiero mostrártelo —gruñe al tiempo que nuestros dedos se enmarañan los unos con los otros al intentar deshacernos de su pantalón.

La ropa termina desparramada de cualquier manera a nuestro alrededor, la mayoría cubriendo el suelo, aunque mis braguitas encuentran un

destino más original y, no sé cómo, acaban enganchadas en la esquina de la pantalla de plasma. Lo que resulta un contraste visual bastante interesante con el fondo oscuro de la misma, dado que mi ropa interior es de un llamativo satén de seda en color turquesa.

Sus manos están en todos lados. Se deslizan por mi espalda, moldean la redondez de mi trasero, se aferran a mis caderas y me instan a iniciar un suave balanceo sobre su semi erecto miembro, al que siento endurecerse y crecer por momentos.

La boca de Gabriel resbala por mi garganta y se pierde en el valle entre mis senos antes de bordear uno de ellos, deslizar la lengua por la acentuada curva y prenderse al pezón con ávida glotonería para hacerlo rodar contra el paladar. Su succión es tan dura que mi sexo se contrae con cada nueva chupada, haciendo que las ráfagas de placer me estremezcan de la cabeza a los pies y obligándome a apoyar las manos a cada lado de su cabeza para aproximarme más y más a su avariciosa boca.

—Mírate —jadea cuando cambia al otro para proporcionarle la misma clase de celestial estímulo, al tiempo que agarra mi melena en un puño y me gira el rostro hacia la izquierda.

La respiración se me atasca en la garganta y noto cómo un intenso calor se desata en lo más profundo de mi ser y asciende hasta inundar mis mejillas. Porque allí, en la pantalla de plasma, puedo verme a mí misma. Encima de él. Ambos desnudos y entregados a nuestras más bajas pasiones. Y es perturbador pero increíblemente erótico al mismo tiempo.

—¿Te gusta?

Me voltea hasta quedar sobre mí, se yergue sobre una mano y acaricia cada plano y curva de mi cuerpo con la izquierda mientras observamos a nuestros otros «yo» en silencio, como si fuéramos voyeurs.

—La suelo utilizar para las videoconferencias —me susurra al oído antes de dibujar con la punta de la lengua la caracola de mi oreja—, pero pienso que esta opción de circuito cerrado es mucho más interesante, ¿no crees?

Sí, pero decírselo sería como admitir que esa parte de mí, a la que le encanta perderse en sus fantasías prohibidas por las noches, es real.

—Mis labios están sellados —respondo, eludiendo el tema.

—Entonces tomemos cartas en el asunto.

Cimbreo las caderas debajo de él y le rodeo la cintura con los muslos, instándolo en silencio a que se acomode entre mis piernas y me tome sin más dilación. Pero no lo hace. Me ordena seguir mirando la pantalla a la vez que hace cosas pecaminosamente indecentes que consiguen que me retuerza bajo su poderosa anatomía y gima suplicando por más.

—Por favor...

—Dime qué es lo que deseas, encanto —demanda con voz gutural—. ¿Quieres que coma tu dulce coñito? ¿Que vuelva a probar tu culo con mi boca y mis dedos? ¿O prefieres que use mi polla en ti hasta que toda la jodida tripulación se entere de que te estoy follando?

—Sí.

Es un «sí» incondicional. Porque ahora

mismo me da igual lo que haga conmigo, con mi cuerpo, siempre y cuando haga algo. Lo que sea.

Sus manos me modelan, me recorren pulgada a pulgada una y otra vez hasta que cada terminación nerviosa de mi piel vibra, convirtiendo en una experiencia sensorial cercana al orgasmo incluso los más sutiles roces.

Gabriel me despoja de toda discreción en el preciso instante en que experimento el húmedo descenso de su boca entreabierta desde mis labios hasta el centro mismo de mi sexo. La lúbrica caricia despierta en mí jadeos ruidosos, profundos. Respiraciones sensuales que resuenan en la cabina y llenan nuestros oídos, sonidos que hablan de excitación y delirio, de la locura de mi deseo aunado al suyo.

Deslizo las uñas por su cuero cabelludo, dejo que mis dedos vaguen y se pierdan por entre los oscuros mechones al tiempo que me arqueo contra su hambrienta lengua, acunando su rostro entre mis piernas a la vez que experimento las primeras pulsaciones que anuncian el inminente clímax. Y entonces él para. Se alza sobre mí, relamiéndose

los labios empapados por mis jugos, y esboza una lenta, mundana mueca de complacencia, antes de impulsarse hacia atrás y sentarse sobre los talones.

—Ponte de pie, de cara al mueble.

Lo hago y visualizo a través de la pantalla cómo se sienta detrás. Siento el refrescante toque de sus manos en mi enardecida piel cuando me agarra por las caderas y tira de mí hacia atrás.

—Móntame —ordena—. Así, a la inversa. Pero antes... —Señala con el dedo su pantalón—. Condón, bolsillo derecho.

Me inclino para recoger la prenda del suelo y noto el modo en que me devora con la mirada.

—Lo tengo —exclamo al tiempo que me giro hacia él con el preservativo en alto y cierro la escasa distancia que nos separa—. Ahora, señor Berling, haga el favor de poner las manos sobre...

Es como si me hubiera leído el pensamiento. Antes de que pueda terminar la frase, ya ha extendido los brazos por el respaldo y separado las piernas.

—Buen chico.

Rasgo el paquetito, extraigo su contenido y

tiro el envoltorio por encima del hombro antes de arrodillarme frente a su miembro. Entonces, me coloco el condón en la boca con el reservorio sobre la lengua y me inclino hasta apoyarlo sobre su glande para proceder a desenrollarlo con voluptuosa languidez, revistiendo de látex su descarada erección.

—Hazlo, Dee —gruñe—. Ahora.

Subo al sofá con un pie a cada lado de su cuerpo, me doy la vuelta y doblo las rodillas hasta terminar suspendida a horcajadas encima de su regazo, de cara a la *smart tv*. Es en ella donde veo a Gabriel empuñarse con una mano e instarme a iniciar el lento descenso sobre su pene.

—Tan... apretada —farfulla cuando ya he acogido la mitad en mi interior—. Tan... —Se empuja dentro de mi sexo con un jadeo gutural—. Joder, me vuelves loco.

A partir de ahí las cosas se ponen un poco salvajes y empezamos a movernos el uno contra el otro con movimientos bruscos, acelerados.

—Tócame, por favor, tócame —gimo a la vez que ahueco mis henchidos pechos con las manos.

Estoy al límite. Lo sé, lo siento en cada fibra de mi ser. Cada uno de sus roces y pellizcos en el clítoris, cada fricción contra ese punto tan sensible de mi vagina, me acerca un paso más al filo del precipicio. Entonces, me recreo en la imagen tan obscenamente erótica que me devuelve la pantalla. Una que me pone demasiado caliente como para confesarlo en voz alta.

—No pares, no p...

Siento algo parecido a descargas eléctricas corriendo bajo las capas de mi piel y... exploto. Gimo su nombre una y otra vez al abandonarme a la rabiosa intensidad con que el orgasmo me sacude mientras él clava los dedos en mis caderas y me embiste hasta alcanzar su propia liberación.

—Creo que he muerto —murmuro al cabo de un rato, apoyada contra su agitado pecho.

—Sólo un poquito —susurra en mi oído antes de deslizar los brazos en torno a mi cintura para llevarme consigo al recostarse en el sofá—. ¿Y bien?

Ronroneo satisfecha después de deperezarme contra su cuerpo sudoroso, al igual

que un felino.

—¿Necesitas que te ponga nota? —me giro y apoyo la barbilla en su hombro—. Y yo pensando que no eras tan inseguro...

Mi tono burlón es castigado con un perverso pellizco en la nalga del cual me vengo propinándole un mordisco en la tetilla.

—Me refiero a nuestra pequeña película porno privada —explica como si yo fuera una niñita de parvulario, a la vez que se encarga del usado preservativo.

—Me acojo a la quinta enmienda.

La mirada de Gabriel cuando me agarra la melena y tira de ella hacia atrás para obligarme a fijar mis ojos en los suyos es tan penetrante que me hace sentir como si estuviera escarbando en mi alma.

—Hay una pequeña pervertida en tu interior, aunque te niegues a aceptarlo —asevera—. ¿Y sabes qué? Deberías de dejarla salir a jugar más a menudo, encanto.

—Si lo de pervertida lo dices por eso —señalo con el pulgar la pantalla que está a mi

espalda—, siento decepcionarte. Esta excepción no confirma ninguna regla.

—No puedes negar que te pusiste muy cachonda. —Eleva una comisura con aire taimado—. Mucho.

Más de lo que me gustaría admitir, sí.

—Quiero explorar tus fantasías, Dee. —Pega la boca contra mi garganta y usa la lengua y los dientes hasta hacerme estremecer—. Uhm... —Frunce el entrecejo mientras piensa—. ¿Voyerismo?

—No me pone la idea de ver a otros... Tú ya me entiendes.

—A la inversa. —¿A la inversa?—. Que otra persona vea cómo te follo.

«La suelo utilizar para las videoconferencias».

De repente las alarmas saltan en mi cabeza y noto cómo todo calor abandona mi rostro. ¿No habrá sido capaz de...? ¿O sí? ¡Oh, Dios mío! No, no ha podido hacerlo.

—Di-dijiste que estaba en modo de circuito cerrado —balbuceo presa del pánico—. Esto no

ha salido de aquí, ¿verdad?

Cuando sonrío tal y como está haciendo ahora mismo, me pone la piel de gallina. En serio.

—Tyler... ¿Cómo lo dijiste la otra noche? —  
Se da golpecitos en la barbilla—. Te excita.  
¿Estoy en lo cierto?

Sí, claro que me excita. ¡No soy de piedra! Es un tipo muy atractivo que exuda sexo decadente por cada poro de su piel. ¿A qué mujer no se le haría la boca agua frente a un ejemplar así? Además, como si él no supiera que la noche del treinta y uno estuvimos a punto de besarnos. ¡Si estaba presente!

—¿A cuento de qué viene eso ahora? —  
pregunto con los ojos entrecerrados en un gesto suspicaz.

—Dime, ¿qué harías si te dijera que Tyler nos ha visto?

Un mom... ¿Me está diciendo que hemos tenido público? ¿Que alguien se ha cascado una paja mientras nos dedicábamos a hacerlo como conejitos con pilas alcalinas? ¡No ha podido ser capaz!

—Te mataría ahora mismo —suelto a bocajarro, encaramándome encima de él—. Te arrancarías tu estúpido pene y te lo haría tragar hasta que murieras asfixiado. —Sentada a horcajadas sobre su abdomen, con las manos apoyadas en sus pectorales, le clavo las uñas de manera amenazadora—. Pero no lo ha visto. —Si llevara puesta la camisa, puede que ahora mismo lo estuviera zarandeando agarrada a ella, con su nariz pegada a la mía—. Dime que no.

—No, no lo ha visto, pequeña sanguinaria. — Me agarra por la nuca con fuerza y me aproxima a su boca—. Nunca haría algo semejante sin saber de antemano si estás de acuerdo. —Sus palabras me hacen exhalar un suspiro de alivio—. La cuestión es, ¿no te resultaría excitante?

Tras depositar un rápido beso en sus labios, me levanto de encima de él y empiezo a recoger mi ropa del suelo de la cabina.

¿Qué si me resultaría excitante? ¡Ja! Ya sólo el hecho de que Gabriel lo plantee en voz alta hace que mi sexo tiemble de placer ante la perspectiva, por lo que, si lo lleváramos a la práctica, lo más

probable sería que terminara entrando en combustión espontánea. Así de simple.

—Si crees que voy a responder a eso, puedes esperar sentado.

Recupero las bragas y me las pongo mientras sigo dándole vueltas al tema en mi cabeza.

Y, digo yo, ¿por qué limitar a Tyler a ser un mero espectador cuando se le podría invitar a participar? Porque, ya que estamos abordando el tema, admito que siempre he fantaseado con la idea de ser el queso fundido de un sándwich de tios buenorros, así que... ¿Gabriel y Tyler? Legendario se quedaría corto.

—¿Y un trío, preciosa? —Lo escucho erguirse del sofá y al instante siento el calor de su torso pegado a mi espalda. ¿Habré estado pensando en voz alta?—. ¿Te gustaría ser follada por dos hombres a la vez?

Aparta mi melena a un lado y deposita un sensual beso en la nuca al tiempo que introduce un dedo entre mis nalgas y me acaricia allí.

—Doble penetración —traspasa el apretado anillo de músculos con la punta e inicia una lenta

cadencia—, doble placer.

Me muerdo el labio inferior y ahogo un gemido. ¿Alguna vez juega limpio?

—Tendrás que emborracharme para conseguir que te responda a eso.

## Capítulo 8

Observo el exterior a través de la ventanilla del *Gulfstream*, que avanza con lentitud por la pista de aterrizaje hasta pararse frente a un pequeño edificio de cubiertas inclinadas y fachada revestida en piedra y madera.

Un gran ventanal cubre el frontispicio central y, a su derecha, veo las grandes letras blancas acopladas encima de la puerta de acceso que anuncian que, al parecer, acabamos de aterrizar en el pequeño aeropuerto de Cedar City. La cuestión es, ¿eso dónde está exactamente?

Apenas acabo de sacar mi *smartphone* del bolso cuando Gabriel me lo arrebató de las manos antes de que me dé tiempo a cambiar el modo «avión» para poder entrar en el *Google Maps* y teclear el nombre de este rincón del país al cual me ha arrastrado.

Chasquea la lengua a la vez que mueve el dedo de la mano en la cual sostiene el móvil con gesto reprobatorio.

—Buen intento, encanto.

—Devuélvemelo —alargo la mano para recuperar lo que es mío, pero él estira el brazo por encima de su cabeza y sonríe con malicia.

—Más tarde —asegura antes de guardárselo en el bolsillo—. ¿No puedes contener tu curiosidad durante una hora más?

¿En serio? Si sigo así no tendré uñas que pintarme, porque no he parado de mordisquearlas —siempre que no me ha tenido entretenida con otros menesteres— desde que despegamos del JFK a las ocho, hora de Nueva York. Y ahora mismo es medianoche en donde sea que estemos, dos de la madrugada en la Gran Manzana. ¿De verdad pretende que aguante una hora más? Pues entonces tendrá que regalarme uñas postizas si espera que sobreviva a esto, porque de lo contrario vamos aviados.

La azafata entra con el abrigo negro de doble abotonadura y la bufanda *Burberry* de Gabriel y se lo extiende con un respetuoso «señor Berling» murmurado a media voz. Luego desaparece de nuevo en la parte delantera del jet mientras él se los pone, para volver al cabo de un instante con lo

mío.

—Señorita...

—Está bien, Anne. Ya me encargo yo de esto —le dice él agarrando el chaquetón más abrigoso que pude encontrar en mi armario junto con la gruesa bufanda beige—. Puedes retirarte.

La azafata asiente pero, en cuanto Gabriel se gira con la prenda en las manos para ayudarme a ponérmela, me lanza la clase de mirada que parece gritar «perra afortunada» y desaparece de mi vista con una enérgica sacudida de su larga y rubia cola de caballo.

Si todavía albergaba alguna clase de duda respecto a si habían escuchado o no nuestro... ejem... apasionado interludio... Bueno, acaba de esfumarse de un plumazo.

En la pista nos encontramos con un hombre de unos cincuenta y pocos años, de estatura mediana, complexión ancha y cabello canoso, que nos recibe con una sonrisa de abierta alegría al tiempo que le lanza a Gabriel las llaves del todoterreno *Maserati Kubang* que está aparcado a su espalda.

—¡Bienvenido, señor Berling!

—¿Cómo va todo, Joshua? —le pregunta tras depositar en el suelo nuestro equipaje de mano.

El trato formal que le dispensa a Gabriel choca con la abierta actitud de cariño que ambos desprenden cuando se abrazan al tiempo que se propinan familiares golpecitos en la espalda.

—Todo va como la seda, gracias. —Se frota las manos enguantadas mientras habla—. He caldeado la casa durante todo el día y está a veinte grados, como a usted le gusta —Se inclina hacia un lado y me observa—. ¡Oh! Pero si ha traído compañía consigo. —Bordeando a su interlocutor, se adelanta hacia mí y me extiende la mano a modo de saludo—. Encantado de conocerla, señorita...

—Vargas, Dee Vargas.

—Joshua Ludlow, a su servicio. —Se trata de un hombre de la vieja escuela porque, en vez de optar por el apretón de manos, deposita un educado beso en el reverso—. Es un placer ver caras nuevas por aquí. —No hace falta que lo jure, la expresión de su rostro lo dice todo—. Hasta ahora sólo la familia...

—Ya hablaremos en otra ocasión —lo

interrumpe Gabriel—. Ahora tengo que conseguir meterla en la cama... —sus ojos de ónix brillan traviosos, consciente de que esa frase tiene doble lectura— antes de que termine por quedarse dormida de pie.

Nos despedimos del señor Ludlow y entramos en el todoterreno, que está bastante calentito gracias a que mantuvo la calefacción encendida mientras nos esperaba.

Pongo el cinturón de seguridad, me acomodo en el asiento y, antes de que me dé cuenta, quedo fuera de combate de tan agotada como estoy a causa del ajetreo acumulado a lo largo de este rocambolesco día. Estado del cual no salgo hasta que percibo que alguien me sacude el muslo izquierdo con insistencia.

—Dee —la voz de barítono de Gabriel se filtra a través de la neblina del sueño—. Hey, despierta, dormilona.

Me desperezo, entreabro los párpados y observo a mi alrededor a través de las tupidas pestañas, todavía algo adormilada. De repente, mis ojos recaen en la enorme casa que se yergue

ante el vehículo, musito un «¡Dios bendito!» y me quedo boquiabierta por la impresión.

Es un como sueño. Un sueño de piedra, ladrillo visto, madera y enormes y estilizados ventanales. Todo ello en mitad de la nieve.

Presurosa, desabrocho el cinturón y salgo corriendo del *Maserati* a toda velocidad para poder verla de cerca.

—Bienvenida a mi humilde morada — murmura divertido en mi oído al cabo de un rato, rodeándome desde atrás con los brazos.

¿Humilde? ¡Si ya sólo viéndola por fuera tengo la impresión de que podría perderme en ella! Sí, sí, ¡humildísima, vamos! Tanto, que lo más probable es que el salón de su «casita» sea tan grande como mi apartamento. ¡Ja! Y yo voy a pasar toodo el fin de semana ahí, con Gabriel. A solas. Dios, no puedo esperar a entrar y explorar hasta el último rincón. De hecho, me siento tan emocionada por la perspectiva que a punto estoy de pedirle que me pellizque.

—Bienvenida a Deer Valley.

Parpadeo. ¿Deer Valley?

—¿Me has traído hasta Utah?

Exhala la confirmación sobre mi pelo, con la barbilla apoyada en lo alto de mi coronilla.

Incapaz de poder esperar por un segundo más, hundo la mano en el bolsillo de su pantalón, le robo mi móvil y tomo una foto de la iluminada fachada.

—¿Qué haces?

—Proporcionarles una buena dosis de envidia cochina a mis amigas —respondo al tiempo que les escribo un mensaje vía *WhatsApp*, al que adjunto la susodicha fotografía—. Se van a morir cuando vean dónde estoy.

Lo envío y me doy la vuelta entre sus brazos para rodearle el cuello y preguntarle con una sonrisa qué es lo que viene a continuación. ¿Una pista privada de esquí?

—Oye, ¿puedo entrar? —Ya sé que parece infantil, pero la impaciencia no me permite estar quieta. Parece que tengo el Baile de San Vito metido en el cuerpo—. ¿Ahora mismo? —Aleteo las pestañas—. ¿Puedo?

—Eeh... ¿Sí?

Lo abandono con un grito y echo a correr en dirección a la entrada, dejándolo tirado con el todoterreno en la carretera de acceso a la propiedad.

Recorro la casa a la velocidad de la luz, sin parar de sacar fotografías con el *smartphone* a todas las estancias. Y sí, sé que no hago gala de una actitud propia de una mujer de mi edad, pero entendedme; ¡me siento tan ilusionada que...! Vale, no es excusa.

Bajo las escaleras hacia el sótano a toda prisa y emito una altisonante exclamación al ver lo que tiene montado aquí abajo.

—¿Estás bien? —lo escucho gritar desde alguna estancia del piso principal—. ¿Dónde coño te has metido?

—¡Aquí!

—¿Aquí dónde? —sus pasos resuenan apresurados sobre el suelo de madera—. ¡Dee!

—¡Tienes una puñetera sala de cine! —jadeo entre sofocados resuellos nada más regresar al piso principal—. Y siete dormitorios, diez cuartos de baño, no sé cuántos salones... ¡Hasta acceso

directo a la pista de esquí desde la mismísima puerta de la casa!

—Es más de la una, preciosa —me recuerda—. En el fondo apenas eres capaz de sostenerte en pie, así que deberías de subir, escoger un dormitorio e intentar dormir un p...

—¡Dormir! Imposible. —Estoy demasiado alterada como para meterme en la cama ahora mismo—. ¡Si todavía no lo he visto todo!

Me agarra por el codo y me arrastra hacia las escaleras que desembocan en el piso superior a pesar de mis protestas.

—Pero... ¡Gabe! —rezongo.

—Si sigues así, mañana terminarás dormida en cualquier rincón. Y te necesito despierta y bien descansada para lo que tengo en mente.

—Sí, papi.

La mirada que me dedica por mi descarada respuesta es de las que dejan claro que, de continuar por ese camino, ganaré todos los tickets para terminar tumbada sobre sus rodillas y con el trasero incendiado.

¡Qué vida tan dura la de las niñas malas!

## Capítulo 9

El intenso aroma del café recién hecho me resucita.

Acurrucada debajo de la ropa de cama, retiro un poco la sábana con la que me he cubierto hasta la coronilla y olfateo el aire con los ojos todavía cerrados.

El olor es tan delicioso que no puedo evitar gemir en voz alta mientras mis neuronas empiezan a cobrar vida de nuevo. Delicioso y cercano. Como si alguien hubiera depositado una taza cerca.

Llamo a Gabriel, pero nadie me responde. Entonces, palpo el otro lado del colchón con el brazo extendido y me doy cuenta de que estoy sola. Es más, ahora que lo recuerdo... ni siquiera hemos compartido cama.

Intento alzar los párpados, pero la claridad me atraviesa como si acabara de pasar diez años a la sombra, por lo que los vuelvo a cerrar con un gruñido y opto por seguir la fragante estela con el olfato, como si fuera un chucho en busca de un

hueso.

Sí, está cerca. Muy cerca. Me froto los ojos al tiempo que emito un bostezo y vuelvo a intentar abrirlos, cosa que esta vez consigo, aunque tengo la impresión de que debo de verme como un topo parpadeando el primer día que sale de su guarida después de una larga hibernación.

Observo la mesita de noche a través de los párpados entornados y descubro que allí, sobre una servilleta de tela, hay una humeante taza de café.

Me incorporo en la cama como si me hubieran acoplado alguna especie de resorte y tomo el caliente recipiente entre mis manos para hundir la nariz en él y aspirar el intenso aroma antes de llevarlo a la boca y degustar su sabor.

Bebo el primer sorbo y gimo de puro éxtasis. Tiene un gusto pronunciado que estalla en mi boca y permanece durante un buen rato en el paladar incluso después de haberlo tragado. Bebo de nuevo y me recreo en las sensaciones que invaden mis papilas, como la chispa ligeramente picante que hace que me estremezca por un instante.

Recostada y fundida contra la almohada, cierro los ojos durante unos segundos, exhalando un suspiro de satisfacción, y pienso que esta taza de café se parece a Gabriel; el poder que desprende su aroma es tan notorio que a veces no hace falta probarlo para deleitarse con él, sino sólo aspirarlo hasta la ebriedad. Del mismo modo, su cuerpo, sabor y acidez están tan perfectamente balanceados que te hace sentir como si te encontraras ante la más absoluta perfección. Lo que siempre has buscado, todo bajo un mismo sello.

Sacudo la cabeza y me digo que más valdría dejarme de patochadas, que mejor me irá cuanto más me ciña a los términos del trato sin caer en sentimientos inconvenientes, como la atracción o el encandilamiento. Porque una vez caes en eso, creer que amas a la otra persona es sólo cuestión de tiempo. Y yo no puedo permitirme ese lujo. No con él.

—Limítate a disfrutarlo al igual que estás haciendo con esta taza de café, Vargas —susurro tras aspirar otra vez su celestial olor—. Bebe

hasta la última gota, pero luego lárgate sin mirar atrás. Porque él tampoco lo va a hacer.

Deposito el recipiente en la mesilla, salgo de la cama y me desperezo mientras camino hacia el amplio ventanal.

En el exterior, los pequeños copos de nieve caen con parsimonia, cubriendo de nuevo el hermoso e invernal paisaje con una fresca y resplandeciente capa blanca. Miro hacia el horizonte, donde el perfil de las montañas se superpone uno tras otro, al tiempo que agudizo el oído y me embebo de la serenidad que flota en el ambiente.

La casa permanece en silencio, como si estuviera dormida. Me pregunto dónde estará metido Gabriel, si habrá vuelto a la cama, si se habrá acostado siquiera... Tal vez haya sido él quien me trajo el café. O a lo mejor el servicio.

Observo las pintas que tengo, sopeso si valdrá la pena cambiarme antes de bajar a inspeccionar la cocina en busca de algo con que llenarme la barriga y me digo que tendrá que valer así, porque no tengo ganas de rebuscar en la

maleta de mano, mucho menos de acicalarme para él.

Si me ha arrastrado hasta aquí, tendrá que aguantarme con las pintas que se me antoje lucir a cada minuto. Y eso incluye las actuales; en pijama y con los pelos desgredados. Aunque al final capitulo respecto a esto último y termino por darle unas pasadas con el cepillo antes de sujetarlo en un recogido bajo con la goma que siempre llevo en el neceser.

Taza en mano, vago descalza por los pasillos. La temperatura de la casa es agradable, cálida en su justa medida, así que no le veo el sentido a que me hiciera meter ropa de abrigo en la maleta desde que dejó bien claro, cuando me secuestró de mi apartamento, que no íbamos a salir de entre estas paredes. O al menos eso fue lo que le entendí cuando dijo que no «socializaríamos».

Desciendo a paso ligero los peldaños e intento orientarme nada más llegar al pie de la escalera. ¿La cocina estaba yendo hacia la derecha o hacia la izquierda?

La respuesta llega bajo la forma del siseo de

una sartén al fuego y el entrechocar de un tenedor contra la loza, como si alguien estuviera batiendo algo.

Sigo la estela de ruidos y me quedo de piedra al ver que el culpable de tan efervescente estado de actividad en la cocina no es otra persona que Gabriel, que se mueve por ella como pez en el agua mientras le echa un ojo al tostado del pan, bate huevos y controla que no se churrusque lo que sea que está al fuego.

Emito un jadeo ahogado y él se da la vuelta para mirarme tan campante, como si no acabara de pillarlo haciendo lo último que podría haber imaginado jamás.

—¿Cómo te gustan los huevos? —Me da la espalda y regresa a su tarea.

—Re-revueltos —logro articular al tiempo que me acerco a la barra americana y me dejo caer sobre una de las sillas altas con expresión estupefacta.

—No sé por qué, pero supuse que sería así. —Le da la vuelta a las tiras de panceta ahumada, tras lo cual agrega una pizca de pimienta a los

huevos antes de seguir batiéndolos—. Espero que tengas hambre, porque el desayuno estará listo en nada.

Vale, que alguien me pellizque. ¿Gabriel Berling es un cocinillas? ¿Desde cuándo los grandes tiburones de las finanzas tienen tiempo para estas cosas? ¡Se supone que para eso se rodean de un amplio equipo de servicio domestico! ¡Para poder manejar sus imperios sin tener que preocuparse de hacer un miserable café! No sé, puedo estar equivocada, pero no me imagino a Donald Trump haciéndole los huevos por la mañana a su esposa. Del mismo modo que me cuesta conciliar la imagen de Gabriel Berling preparándome el desayuno, a mí, a su... ¿Qué soy? ¿Su amante con fecha de caducidad? ¿Su rollo pasajero? ¿La tonta del culo que se metió en un charco de mierda hasta la barbilla por no calibrar en su debido momento las ramificaciones del trato que aceptaba?

—Necesito... —Una excusa, lo que sea para salir de la cocina y poder dar rienda suelta a mi incredulidad en privado—. Papel.

Me observa por encima del hombro durante unos segundos, como si acabara de brotarme una cabeza extra, para luego volver a centrar toda su atención en los fogones.

—Busca por ahí. Generalmente suele haber folios por todos lados por si acaso a mi sob... Por si acaso necesito anotar lo que sea.

Abandono la cocina y empiezo a abrir y cerrar todo lo que me cruzo por delante para así hacer el suficiente ruido como para cubrir las espaldas a mi patética excusa. Pero con lo que no contaba era con que en vez de papeles me encontraría con preservativos. Por todos lados. Y cuando digo todos, es *todos*.

De repente estoy recolectando ristras de condones *Trojan* como quien recoge racimos de uvas durante la vendimia. Y la variedad es apabullante. ¡Si debe de tener el catálogo casi al completo! *Éxtasis*, *Fuego y hielo*, *Súper finos*, *Súper estriados*, *Intenso*...

—¿*Placer orgásmico*? —Pongo los ojos en blanco—. ¿Esto es una casita para venir a esquiar o un maldito picadero?

Regreso a la cocina con todo el arsenal, me siento de nuevo frente a la barra americana y carraspeo para atraer su atención.

—¿Encontraste lo que buscabas? —pregunta sin darse la vuelta.

—No exactamente. —Me vuelvo a aclarar la voz antes de continuar hablando, mis palabras cargadas de sarcasmo—. Tú sueles venir solo, ¿verdad?

Retira los huevos revueltos del calor de los fogones, los sirve en los platos y se gira con ellos en las manos.

—¿Y bien? —lo apresuro a contestar a la vez que le muestro el alijo con el que me acabo de tropezar.

Camina hacia la barra americana y deposita la comida sobre la superficie de mármol antes de darse la vuelta e ir a por los vasos de zumo.

Lo miro de hito en hito cuando me entrega el mío, se acomoda en el asiento y empieza a masticar el trozo de panceta ahumada que acaba de llevarse a la boca como si el asunto no fuera con él.

Sólo cuando ha probado un poco de todo lo que ha puesto en su plato y bebido un nuevo sorbo de zumo de naranja, se repantiga en la silla alta con una mirada de advertencia.

—Yo de ti volvería a colocarlos donde los encontraste. —Toma con los dedos un pedazo de tostada francesa y la engulle de un bocado—. A no ser que quieras que te folle sin protección —agrega tras haber terminado de masticar.

Ah, no. No puede dejarlo así, colgando en el aire justo delante de mis narices. Quiero una explicación. ¡Exijo una explicación! No me vale su política de «hago lo que se me antoja y no doy razones».

—Dime por qué.

Debo de acabar de romperle algún esquema, porque levanta la vista de su plato con una expresión inescrutable en el rostro y me observa en silencio durante lo que parece una eternidad, hasta que finalmente parece decidirse a hablar. ¡Qué privilegio! ¡Gabriel Berling va a dar razones de algo! Esto podría pasar a los anales de la historia.

—Ya te dije que nunca lo hago sin condón, pero contigo... —Se encoje de hombros mientras pincha con el tenedor varios trocitos de fruta—. Tiendo a olvidarme si no los tengo a mano.

No sé si sentirme halagada de ser su kriptonita en lo tocante al sexo seguro o meterle las ristras de condones hasta el fondo de la garganta y obligarlo a que se los trague junto con el zumo.

—Gracias —musito en cambio, empezando a dar cuenta del contenido de mi plato.

Y ahí está por segunda vez en menos de cinco minutos; esa maldita mirada que no tengo ni la más remota idea de qué significa.

—Por cierto —señala mi atuendo con el tenedor—, interesante pijama.

—Los ositos me favorecen, lo sé.

Casi se atraganta de la risa.

—Si estabas esperando que bajara a desayunar en plan Conejita de *Playboy* en *baby doll*, te aviso desde ya que vas aviado —le aclaro al tiempo que me inclino hacia delante con un «si quieres una zorra de esas, te buscas otra» reflejado

en los ojos.

—Te prefiero desnuda, gracias. Así puedo comerte el coño para desayunar.

Ahora soy yo la que casi me atraganto.

## Capítulo 10

El colmo de la decadencia al estilo Gabriel Berling es esto; nadar desnuda en una piscina climatizada ubicada en una gruta que se encuentra oculta en las entrañas de tu casa.

¡Que le den a los jacuzzi en los que cabe una familia entera! O al menos eso es lo que pienso mientras me apoyo sobre el sinuoso bordillo e intento hundir la mano en el pequeño salto de agua que brota desde lo alto de un montón de piedras.

Es tan natural, está tan logrado, que te hace pensar que no es obra de la ingeniería humana, sino que ya estaba allí incluso antes de que levantaran la estructura de la casa.

La piscina se recoge un poco más allá del salto de agua en un íntimo recodo circunvalado por las mismas paredes de piedra que revisten toda la gruta. Un rinconcito tenuemente iluminado con velas, que desprenden un suave aroma a cera de abeja y dotan al lugar de un aire íntimo y romántico.

Me deslizo sobre la superficie del agua

sintiendo la cálida, satinada caricia por todo el cuerpo. Giro hasta quedar boca arriba y sonrío mientras floto en medio de un remanso de quietud, para luego proseguir mi avance hacia el otro extremo, donde descubro ante mí unos desnudos y nervudos pies masculinos bien apuntalados en el bordillo.

Deslizo la mirada por las pantorrillas de Gabriel, asciendo a lo largo de sus firmes muslos y humedezco los labios en el instante en que mis ojos recaen en su, por ahora, inofensivo aunque siempre atrayente miembro. Con un ronroneo apreciativo forjándose en mi garganta, sigo el sendero que marcan sus abdominales, me recreo en los sexys pectorales y finalizo en su rostro, que es la cruda máscara del deseo y la determinación.

—Sabía que no podrías resistir la tentación hasta la noche.

Tomo impulso hacia atrás y me separo de la orilla para nadar de espaldas hacia el lado contrario, sin dejar de comérmelo con los ojos.

—No puedes mostrarme esta maravilla y pretender que... —La lengua se me traba al verlo

sumergirse en el agua.

—¿Pretender qué, preciosa?

Avanza despacio. Su oscura mirada fija en cada uno de mis movimientos mientras yo braceo hasta terminar tropezando con la pequeña columna que apenas sobresale del agua y sobre la cual titilan las doradas llamas de tres velas de diferentes tamaños.

—¿Quieres saber qué es lo que pretendo ahora mismo? —Apoya las manos a cada lado de la pulida y lisa superficie de la columna, encerrándome entre sus brazos—. ¿O prefieres limitarte a gozarlo en carne propia?

Ni siquiera me deja responder. Al instante su boca se apodera de la mía y la arrasa con la resolución de un conquistador que ha nacido para asediar y someter las más inexpugnables fortificaciones. Y en momentos como este, eso es lo que quiero. Deseo que me haga suya, que me posea y subyugue hasta arrasar con la última brizna de sentido común que habita en mi ser. Como ha hecho todas y cada una de las condenadas veces que hemos estado juntos.

De repente, barre con una mano las velas, que se apagan con un siseo al hundirse en el agua, me aúpa y me coloca en su lugar.

Abriéndose paso, se acomoda entre mis muslos para mordisquear y lamer mi ombligo antes de remontar mi cuerpo con urgentes besos húmedos que terminan cuando apresa un seno y lo succiona con arrebatada intensidad.

Jadeo su nombre al tiempo que arqueo la espalda, rodeo la suya con mis piernas y me mezo contra él, presa del agudo placer que me hace experimentar.

Mientras me sostiene con un brazo alrededor de la cintura, desvía sus lúbricas atenciones al otro pecho y hace rodar entre los dedos el ensalivado pico que acaba de abandonar, consiguiendo que mi sexo se contraiga con cada nuevo tirón y pellizco. Lo repite una y otra vez, haciendo que jadee y gima cada vez más alto, hasta sentir que una nueva humedad empieza a resbalar por mis muslos, una de cuya existencia él es el único culpable.

—Me encantan tus tetas —gruñe después de

girar la lengua en torno a las enhiestas puntas—. Podría hacer que te corrieras usando únicamente mi boca.

Que use lo que quiera, pero que me dé un orgasmo ¡ya! Con su boca, sus manos o su pene. Tanto me tiene el método escogido.

—Pero eso lo dejaremos para otro momento —murmura con voz ronca tras abandonar mis pechos y morderme la garganta—, porque ahora mismo lo que deseo es hundir mi polla en ti hasta que grites. —Me aproxima al borde y me penetra de una única y larga acometida—. Te correrás con mi nombre en los labios. —Se desliza hacia fuera hasta que sólo siento el glande dentro de mí—. Entonces —de un empujón, se enfunda hasta los testículos—, te daré la vuelta y te lo haré por detrás. Duro, rápido.

—Hablas demasiado —protesto a la vez que me enrosco a él—. Y te has vuelto a olvidar del condón.

—¿Voy a por uno?

—¡No! —sollozo impidiendo que salga de mí—. Confío en ti. Yo... No pares, Gabe.

Siento su sonrisa contra la curva del cuello. Me aferro a su cuerpo con brazos y piernas y me entrego a él, a sus rabiosas embestidas, a los metódicos golpeteos de su hueso púbico contra mi clítoris. Resbalo las manos por su espalda, le ahueco las prietas nalgas y hundo los dedos en la carne, marcando su piel con las uñas e impulsándolo hacia mí.

Mis quejidos de placer rebotan contra las paredes de piedra y se enredan con su acelerada respiración, el resbaladizo entrechocar de nuestros cuerpos, el sonido del agua...

Dios, no sé si podré vivir sin esto una vez finalice nuestro trato. Es tan sencillo volverse adicta a él, a sus besos, a su descarada autoridad. Una mujer podría llegar a enamorarse del complicado y a veces exasperante Berling.

Sus caderas se mueven a un ritmo endiablado, como lo que es él; un demonio capaz de robármelo todo. El éxtasis se arremolina en mi sexo y sé que estoy a punto de culminar en una auténtica explosión de fuegos artificiales. Pero, de repente, Gabriel sale de mi interior, me baja de mi

improvisado asiento y me posiciona doblada sobre la superficie de la columna para tomarme al momento desde atrás.

Sus penetraciones son rápidas, profundas. Basta apenas un puñado de ellas para que caiga en las redes de un potente orgasmo que carboniza mis neuronas por completo.

Y sí, grito su nombre una y otra vez mientras él continua con sus implacables acometidas, exprimiendo cada gota de mi clímax como si fuera un maldito limón, hasta que consigue reconstruir la familiar tensión que me anuncia que una nueva descarga de electrizante placer se acerca.

—No puedo más —sollozo—. Gabe, por favor...

—Sí, sí puedes —lo siento resollar contra mi hombro antes de que hincó los dientes en mí con una suavidad inusitada—. Vas a tomar todo lo que te quiera dar. Y te vas a correr de nuevo. Escandalosamente.

Mi vagina se contrae alrededor de su rígido miembro al escucharle decir eso y al momento percibo cómo sus dedos me penetran por detrás,

hundíendose en el apretado pasaje de mi culo sin reducir la velocidad de sus embates contra mi sexo.

—Ahora, Dee —ruge eyaculando en mi interior—. ¡Córrete!

Nos dejamos arrastrar por el orgasmo prácticamente a la par y cuando todo termina y él se retira, permanezco desplomada sobre el vientre, incapaz de moverme. Demasiado temblorosa como para darme cuenta al momento del extraño cambio que se está forjando en Gabriel.

Intento incorporarme, pero las extremidades me fallan y termino por hundirme con un gracioso «glu, glu, glu» que viene a ser algo parecido a «tengo flanes en lugar de piernas», pero en idioma acuático.

Noto que sus fuertes manos me agarran por las axilas y me sacan de debajo del agua como si fuera un peso pluma para, finalmente, volver a sentarme en el mismo sitio en el cual me ha poseído hasta el delirio apenas unos instantes antes.

—Mi héroe —declamo ocurrente al tiempo

que me aparto la mojada melena del rostro y escupo un poco de agua de manera tragicómica.

Entonces es cuando lo veo; una expresión tan fugaz y efímera que me hace dudar de que hubiera estado ahí siquiera. Y, de repente, un fundido en negro. Como si sus emociones y pensamientos se hubieran ocultado tras la impenetrable oscuridad de sus ojos.

—Tengo que hacer una llamada. —Parece pensárselo durante unos segundos antes de añadir —: Negocios.

¿Por qué siento que se está alejando? No sólo físicamente hablando sino... ¿Qué ha pasado?

—¿Ahora? Pero... —Alargo la mano en un intento por frenar su retirada—. Me trajiste aquí porque querías desconectar antes de irte a Japón a cerrar ese acuerdo, ¿recuerdas? —Desconexión que me incluía también a mí, porque no había vuelto a ver mi móvil desde su confiscación—. Tú mismo lo dijiste a la hora de la comida; nada de trabajo, sólo placer. —Suspiro con fastidio, incapaz de discernir qué ha desencadenado su cambio de actitud—. No te entiendo, Gabe.

Dándome la espalda todavía, tuerce la cabeza hacia la derecha, como si su intención fuera el mirarme por encima del hombro, pero en vez de eso mantiene los ojos fijos en la pared mientras habla. Su voz trasfigurada de ardiente amante a despiadado hombre de negocios.

—No te tomes la molestia de entenderme, encanto. —Desvía la mirada de nuevo al frente y avanza lentamente hacia la orilla contraria—. Es una pérdida de tiempo. —Apoya las manos en el borde y se impulsar para salir del agua—. Para cuando logres atisbar algo, lo nuestro habrá llegado a su fin.

No sé qué responder a eso, así que me quedo sentada encima de la columna mientras me siento estupefacta, abandonada y, sí, burlada en cierto modo. Porque justo cuando creía que empezaba a rascar un poco en su endurecida superficie, cuando pensaba que él estaba bajando la guardia para permitirme vislumbrar algo... Justo entonces decide cerrarse en banda, como un puñetero molusco, y asestarme esta bofetada verbal.

Me trago el impulso de ir tras él, de pedirle

unas explicaciones que sé que jamás llegarán, de asestarle un enfurecido puñetazo en el medio del plexo solar sólo para dejarle bien claro hasta qué punto llega mi enfado.

Con Gabriel es imposible. No se parece a ningún hombre que haya conocido hasta entonces. Nada en él es nítido y a veces, cuando estoy a su lado, tengo la sensación de encontrarme caminando a ciegas en medio de una habitación infestada de escorpiones, sin saber muy bien si al siguiente paso sentiré la mortal picadura acuchillando mi carne.

Esa noche no bajo a cenar. Él tampoco viene a reclamarme, así que me tiendo en la cama y, mando en ristre, salto de un canal de pago a otro en busca de algo que atraiga lo suficiente mi interés como para permanecer más de cinco minutos en el mismo sitio. Sólo que todo me parece absurdo y aburrido, insípido.

Les mandaría un mensaje de *WhatsApp* a las chicas, de no ser porque cierto individuo me ha privado de mi medio de comunicación con el mundo exterior. Así que aquí estoy; aislada en

donde algún mormón perdió la zapatilla, con un Gabriel ocupado en sabe Dios qué en algún rincón de esta enorme casa y tan mosca que no me calienta ni el sol.

Por cierto, ¿el servicio está integrado por duendecillos? Porque la habitación está primorosamente recogida, pero yo no he visto a nadie.

Las horas discurren como si se arrastraran por el suelo, al igual que caracoles que dejan la plateada estela de sus babas, al tiempo que yo me mantengo en mis trece de no salir de la habitación. Pero al final el estómago me gana la partida cuando empieza a rugir y retorcerse clamando por algo sólido, al igual que si llevara días sin probar bocado.

Derrotada por mi propia glotonería, capitulo ante las razones de mi buche y salgo del dormitorio en busca de cualquier tontería que llevarme a la boca. Pero justo cuando apenas he terminado de bajar el tramo de escaleras y me dirijo hacia la cocina, escucho un ruido que proviene del piso inferior, como el estallido de un

golpe seco y potente seguido de otro más al cabo de unos segundos.

Me obligo a obviar el sonido, pero al final mi curiosidad puede más que yo misma y desciendo a la sala de juegos, en donde me encuentro con un Gabriel vestido con vaqueros negros y una desgastada camiseta gris con las siglas «NYU» de la Universidad de Nueva York estampadas en letras blancas en el frontal.

Se encuentra inclinado sobre el tapete de la mesa de billar, a punto de golpear la bola roja con el taco, cuando repara en mi presencia. Sus ojos se clavan en los míos durante cinco largos segundos antes de recorrer mi cuerpo hasta los pies, con la clase de mirada que haría arder hasta a la más puritana de las mujeres. Entonces, vuelve a centrarse en la jugada que tiene ante sí y le asesta a la bola un certero golpe que hace que salga disparada a la tronera.

—Me gusta más ese —murmura con el ceño fruncido en un gesto de concentración a la vez que camina alrededor de la mesa en busca de la siguiente jugada—. Lo que llevas puesto —aclara

al darse cuenta de que no sé de qué está hablando.

Sí, claro que le gusta. ¡Por supuesto que le gusta! Es uno de mis mejores y más finos modelitos de «esta noche vas a babear, nene» y me lo he puesto porque... Ni siquiera estoy muy segura de las razones que me llevaron a tomar tan ridícula decisión. Aunque ahora mismo, viendo la manera en que me come con la mirada, me siento tan poderosa como una valquiria e igual de pérfida que Maléfica. Lo que no es una buena combinación para Gabriel ya que cuando sucedió cierto episodio en el *Grattard* me sentía de un humor muy parecido al actual.

No tengo muy claro cuál es su talón de Aquiles, pero bien podría aprovecharme del desnudo apetito que siente por mí en este momento. Aunque va a ser que no, porque la realidad es que no estoy de humor para *vendettas* de ningún tipo.

—¿A qué juegas? No me digas que eres tan competitivo que hasta te gusta retarte a ti mismo — le espeto para reconducir sus pensamientos de los Estados Unidos del Sexo a la mesa de billar.

—Catorce uno.

Como si escuchara llover, porque no tengo ni la más remota idea de billar. A pesar de ello, asiento como si le hubiera entendido a las mil maravillas y emito un murmullo apreciativo del tipo «me has impresionado, grandullón». Pero el instante se estropea por completo cuando mi estómago decide que ha llegado el momento de que le haga caso de una vez por todas y emite un rugido tan altisonante que me pongo colorada, presa de la vergüenza.

Gabriel aprieta los labios en un intento por mantener a raya la sonrisa que insiste en tironearle de las comisuras.

—¿Tienes hambre?

Reprime una carcajada mientras se apoya en el taco de billar y cruza un pie sobre el otro. Qué suerte la suya que, hasta con barba de dos días y una camiseta casi tan vieja como mi diploma de la escuela secundaria, se sigue viendo tan... caliente. Irresistible. Magnético. Sexxxy. Sí, así, con triple equis.

—Nooo, ¡qué va! Es que todavía estoy

haciendo la digestión del mediodía —le replico mordaz—. ¿A ti qué te parece?

Deposita el taco encima de la mesa de billar y señala a su izquierda el pequeño tramo de escalones que termina en una arcada de piedra, la misma que desemboca en un pasillo que muere en la gruta donde estuvimos esa misma tarde.

—Baja, tuerce a la derecha y empuja con fuerza la puerta. Te dará la sensación de que no se mueve, pero es debido a su peso —me explica—. Escoge lo que más te apetezca beber y ponte cómoda. Yo regreso en unos minutos.

Sigo sus indicaciones y termino entrando en una encantadora bodega iluminada por lucernas. A cada lado del pasillo central se elevan hasta el techo elegantes y sobrias estanterías de madera en cuyos nichos reposan decenas, seguramente centenares de botellas de los más variados tipos de vino.

Avanzo hasta que descubro que, a mano izquierda, se abre un coqueto y privado rincón en medio del cual hay una mesa alta de madera y metal, tachonada en el reborde, junto a dos sillas

de amplios respaldos, tapizadas en mostaza.

No me complico más la vida y escojo una de las botellas que están a mi mano derecha, que resulta ser un *Vega Sicilia* de mil novecientos ochenta y siete que tiene todo el aspecto de ser un tinto indecentemente caro.

La pongo encima de la mesa y no me resisto a la tentación de coger la caja de fósforos que hay encima de la repisa de madera sobre la que reposan varios velones de diferentes tamaños, en tonos de ocres. Velones que procedo a encender con la cerilla que extraigo de la susodicha caja, dándole así un toquecito más acogedor a este íntimo rinconcito.

Apenas acabo de acomodarme en la silla y cruzar las piernas, cuando Gabriel aparece con dos copas en una mano y un plato enorme en la otra.

—Aparta la botella a un lado para hacerme un hueco —me ordena antes de depositarlas encima de la mesa y colocar la comida en el centro—. Espero que te guste lo que he preparado.

Me inclino sobre el plato y aspiro el

apetitoso aroma de las distintas variedades de queso, al tiempo que siento que se me hace la boca agua al observar los succulentos pedacitos de fruta, los picos de pan y los frutos secos.

—Gracias —murmuro después de introducir un cachito de *Brie con Trufas* que mastico con un deleite cercano al orgasmo culinario.

—No estoy muy seguro de cómo casará tu elección con estos quesos —comenta mirando la etiqueta de la botella—, pero tampoco es que me importe demasiado.

—Ídem —coincido con él a la vez que alargo los dedos para agenciarme una nuez pelada.

Descorcha el vino y lo deja respirar un ratito mientras me ilustra acerca de los quesos que no he logrado identificar.

—Prueba este *Comté*.

Toma un cacho y, acariciándome la boca con el queso, me insta a que la abra para terminar por depositarlo sobre mi lengua en cuanto le franqueo el paso. Entonces, cierro de golpe y aprisiono sus dedos con los labios, chupándoselos antes de dejarlos ir con un travieso roce de lengua.

—Mmmm... —gimo con los ojos cerrados.

Me extiende una copa de vino y me apremia a beber un sorbo tras terminar de masticar el *Comté*.

—¿Sabes? —declaro de repente—. No debería de decírtelo, pero me estás echando a perder por completo.

—No, tan sólo te estoy abriendo las puertas de un nuevo mundo —me rebate antes de beber un largo trago de su copa—. Hay hombres mejores que yo ahí fuera. Recuérдалo, Dee.

Una hora después, cuando hemos vaciado la botella de vino y lo que había en el plato ha desaparecido, recogemos todo y lo subimos a la cocina. Entonces, sintiéndome un poco achispada a causa del *Vega Sicilia*, termino recostada encima de la alfombra del salón pequeño, frente al crepitante fuego de la chimenea. Y me río por lo bajito, casi para mí sola, al tiempo que percibo como el vino me afloja los miembros y me alegra el corazón.

Gabriel se sienta en el sofá con forma de luna creciente, apoya los brazos a cada lado, a lo largo del respaldo, y se arrellana con las piernas

ligeramente abiertas, sin dejar de observarme al igual que un depredador a su presa antes de abalanzarse sobre ella. De hecho, no discurre mucho tiempo hasta que se levanta, se agacha frente a la vasija de cobre que hay al lado de la boca de la chimenea y extrae de su interior un paquetito cuadrado muy familiar.

—¿También los has escondido en esos cachivaches?

No me responde. Se limita a desnudarse con movimientos lentos y felinos que me parecen el colmo de la sensualidad masculina mientras sostiene el envoltorio del condón entre los dientes. Luego, una vez liberado de todo vestigio de ropa, se tumba a mi lado, me atrae hacia él y se adueña de mi boca con movimientos lánguidos, vehementes, hasta que ya no sé qué afecta más a mis sentidos; si el vino o sus decadentes besos.

Me entrego a él otra vez y lo hacemos delante del dulce calor del hogar, enredados en un carnal abrazo del cual despierto horas después en la cama de mi habitación.

Sin Gabriel.

## Capítulo 11

—¿Le diste alguna vuelta a lo que te comenté el otro día?

—Eh... —No sé acerca de qué me está hablando, en serio.

Gabriel no es de los que sobresature de información, porque no se trata de un hombre lo que se dice muy... comunicativo. De hecho, la mayor parte del tiempo tengo que sonsacarle los datos con sacacorchos, como si dar explicaciones le resultara una tarea molesta y tediosa.

La realidad es que, en palabras que usaría él mismo; follamos más que hablamos. Y, oye, de lo primero no me puedo quejar, porque es espectacular, en serio, pero... Se agradecería un poquito más de charla a lo Oprah de cuando en cuando, para variar. Sobre todo porque los engranajes de su cerebro son un insondable misterio para mí.

—Dices tantísimas cosas a los largo del día que no sé a qué demonios te refieres —le contesto.

—El cuarto proyecto —me recuerda haciendo

caso omiso de mi despliegue de sarcasmo—. ¿Lo vas a presentar en la reunión con el comité?

En lugar de contestarle, cojo la última uva de mi plato, la introduzco en la boca y procedo a masticarla con parsimonia.

Usar el tiempo y la expectativa de tu interlocutor a tu favor siempre es una buena opción. Lo aprendí de un maestro en la materia; él.

—Tenía entendido que estaba prohibido hablar de trabajo este fin de semana —replico—. Tú mismo no has querido dar detalles acerca de tu nuevo viaje de negocios a Japón. Ese mismo que te impedirá asistir a la reunión, ya sabes.

—*Touché*. —Oculto una sonrisa detrás de la taza de café que se acaba de llevar a los labios—. Al final terminarás por convertirte en mi alumna más aventajada.

Frunzo la nariz en un mohín burlón y me limpio los dedos y la boca con la servilleta antes de dar por concluido mi desayuno, emitiendo un suspiro de satisfacción. Luego, me levanto en silencio de la silla, recojo mi servicio de loza de encima de la barra americana y lo llevo hasta el

fregadero.

—Una alumna que se tira a su maestro — señalo tras darme la vuelta y apoyarme en la encimera.

—Yo diría que es el maestro el que se folla a la alumna —rebate al tiempo que también da por finalizado su desayuno—. En este caso, el orden de los factores sí altera el producto.

Me debato entre echarle la lengua o mostrarle el dedito, pero me controlo y no hago ninguna de las dos cosas, sino que me largo de la cocina con viento fresco para dar un paseo por los exteriores de la casa.

Minutos después, Gabriel se asoma por una de las balaustradas laterales y me pregunta si he traído algo a mayores del chaquetón.

—No, ¿por?

Me insta a que regrese al interior de la casa y terminamos en uno de los dormitorios, frente a las puertas abiertas de par en par de un enorme armario empotrado que está repleto de ropa de todo tipo.

—Pruébate esto —deposita sobre mis brazos

una chaqueta roja de *Haden Descente*—, y esto — y un pantalón *O'Neill* negro—, y también esto y...

Para cuando ha terminado de rebuscar en las entrañas del mueble ropero, a mí apenas se me intuye detrás de la montaña de ropa de esquí que sostengo. Entonces, me empuja en dirección al cuarto de baño y me insta a que me cambie lo más rápido posible.

—Pero... ¿si no sé esquiar!

—¿He dicho eso? No, ¿verdad?

Vale, acabo de sacar una conclusión precipitada, lo sé. Pero ¿qué esperaba que pensara, cuando prácticamente me ha sepultado tras una avalancha de ropa para tales menesteres? ¿Que íbamos a tomar un té con la Reina de Inglaterra?

—Te espero afuera, en la parte de atrás de la casa —me comunica—. No tardes.

Minutos después salgo por la puerta trasera, sintiéndome completamente ridícula con una ropa prestada que no se adapta a mí ni de casualidad.

—No. Te. Rías —le advierto cuando su mirada recae en los ajustadísimos pantalones, que

no me permiten caminar con toda la dignidad que quisiera, o la enorme chaqueta, dentro de la cual podría caber a la perfección una Dee y media.

—Te hacen un culito de primera. —Me rodea, echando un vistazo apreciativo, y palmea la recién elogiada parte de mi anatomía—. Creo que a mi madre no le importaría que te los quedaras. Ella los odia.

Lo fulmino con la mirada y le enseño el dedo corazón en toda su gloriosa longitud. Dedo que muerde antes de indicarme que espere ahí mientras él va a por nuestro medio de transporte. Y mientras se aleja, aprovecho para echarle una concienzuda visual a su cuerpo.

¡Agh! ¡Todo le sienta excesivamente bien, maldita sea! Incluso vestido con la poco favorecedora equipación de esquiador, está para comérselo enterito.

Al rato, aparece montado a lomos de una *Arctic Cat* blanca, que estaciona a mi lado, pertrechado con el correspondiente casco y las gafas. Entonces, esbozando la típica mueca de chico malo capaz de derretirte hasta el tuétano, me

extiende la protección para que me la ponga y me invita a montar detrás de él con un leve movimiento de cabeza.

—Agárrate fuerte, encanto, porque hoy vas a volar.

¡Y vaya que si lo hacemos! Gabriel es un peligro al volante, el Emerson Fittipaldi de las motos de nieve. Ese es él. Y si no me aferro a su cuerpo hasta con los dientes es porque no hay manera de gritar y morder su ropa al mismo tiempo. No si pretendo que escuche mis chillidos suplicándole que no corra tanto, que nos vamos a estampar y soy demasiado joven para morir.

Al final me rindo, cierro los ojos tras las gafas protectoras y le dejo hacer a su antojo.

—Vale, miedica, ya hemos llegado —me comunica al tiempo que apaga el motor.

Todavía asida a él como si se me fuera la vida en ello, levanto primero un párpado, luego el otro y me quedo sin palabras al ver el paisaje que se despliega ante mí, demasiado embelesada como para articular más que un «Oh, Dios mío».

—Sí, lo es —murmura Gabriel al tiempo que

desmonta y me tiende la mano—. Venga, demos un paseo. —Apunta con la barbilla hacia un punto a unos cuatrocientos metros de nosotros—. La vista es aún mejor más allá de aquel pequeño grupo de árboles.

No sé si caminamos durante minutos u horas. Lo que sí sé es que lo hacemos envueltos en un confortable silencio sólo roto por mi jadeante respiración cada vez que me empotra contra algún árbol para besarme. Y lo hace a conciencia, hasta conseguir que desee que me arranque los pantalones y se hunda dentro de mí.

Cuando regresamos a la casa, me cambio de ropa y lo expulso de la cocina, alegando que ahora es mi turno de preparar la comida. Así que, ni corta ni perezosa, me sumerjo en la elaboración de un Pollo a la Parmesana que quita el sentido y seduce las papilas gustativas. Tanto, que Gabriel termina rebañando el plato hasta dejarlo reluciente.

—Si quieres, pásale la lengua —le digo mientras observo con una sonrisa satisfecha la manera en que atrapa los últimos restos con un

cacho de pan—. Por mí no te cortes.

—Lo admito —murmura ahíto—; sabes manejarte entre los fogones.

—Vaya, gracias —le agradezco mordaz—. No sé si tomármelo como un halago o como un insulto. —Su defensa se limita a un encogimiento de hombros—. Debe de ser muy triste salir con mujeres incapaces de pasar la prueba de fuego de la cebolla. —Hago como si estuviera pelando una mientras emito hipidos y sollozos—. Será que tus muñequitas tienen miedo de que se les corra la máscara de pestañas.

—A mis muñequitas se les corre lo que yo deseo que se les corra —musita con voz ronca—. Las quiero para follar, Dee, no para jugar a las cocinitas.

No se muerde la lengua a la hora de dejar bien clarito su punto, ¿eh? Para eso es cristalino, vamos. Lo que ya no sé es en qué categoría entro yo exactamente. Y tampoco estoy segura de querer saberlo, por si acaso su respuesta no es de mi agrado.

Por cierto, si alguien siente la imperiosa

necesidad de saber cuál fue el postre, le diré que una servidora. Y que cada uno entienda lo que quiera entender.

Una vez pasamos por agua los platos y los apilamos en el lavavajillas, que está hasta los topes por culpa de todo lo que hemos ensuciado estos dos días, me echo cuan larga soy en el sofá con toda la intención de quedarme amodorrada durante un ratito. Cosa que hago, aunque poco me dura el momento de relax ya que, hora y media después, Gabriel pega una voz desde la sala de juegos, instándome a que me reúna con él.

—¿Qué estás tramando? —indago al tiempo que lo miro con suspicacia.

—Retarte a una partidita de golf en el simulador, nada más. Pero agregándole un... aliciente.

Las partiditas inocentes y sus *alicientes* no hacen que a un hombre le brillen los ojos de esa manera tan... depravada. Este se trae algo entre manos, tan seguro como que me llamo Dee Vargas. Pero la cuestión es, ¿le seguiré la corriente, como a los locos?

—Nada más, ¿eh? —Me cruzo de brazos—.

Y yo me chupo el dedo.

—¿Tienes miedo de perder, preciosa? —Se aproxima a mí con actitud retadora—. Vaya, vaya... La supuesta leona resultó ser una gallinita asustada.

Ya está. ¡Ya me ha tocado la puñetera fibra! Así de fácil. Y si se cree que no voy a recoger el guante, lo lleva crudo.

—Ponme el palo en la mano y prepárate para llorar —siseo entre dientes con una soberbia sacudida de melena al tiempo que me dirijo con paso decidido hacia el rincón de la sala de juegos en el que está instalado el simulador.

Extraigo un palo de la bolsa de golf, con muy malas pulgas todo hay que decirlo, y me coloco sobre el cuadrado de césped artificial para ensayar un rabioso *swing* ante la curiosa mirada de Gabriel.

—¿Experiencia? —averigua.

—Mini golf. —Enarca una ceja al oír mi respuesta—. ¡Y no te atrevas a reírte!

—¿Contigo armada con un palo de golf? —

Muestra las palmas en señal de rendición—. Le tengo mucho cariño a mis pelotas, gracias.

Sigo practicando mi *swing*, completamente embebida en mis pensamientos, mientras él enciende el simulador y busca un campo con un recorrido «tan sencillo que hasta un bebé podría terminarlo». Berling *dixit*.

—Dieciocho hoyos en modalidad *Stroke Play*. ¿De acuerdo? —Asiento—. Pero en vez de calcular el total al final del recorrido, sumando los resultados parciales, lo haremos de la siguiente manera —de repente, empieza a hablarme con exasperante condescendencia—; quien consiga meter al pelotita en el agujerito en menos golpes, gana.

Él sí que va a ganar algo como siga usando ese tonito conmigo, aunque dudo mucho que le vaya a gustar su premio.

—Y el perdedor... entrega una prenda. De ropa, claro. Así hoyo, tras hoyo... tras hoyo.

Se me cae el palo de las manos. ¿Cómo? Debo de haberme lavado muy mal las orejas esta mañana, porque creo haber entendido algo

parecido a que vamos a jugar una partida de *Strip golf*? ¿En serio?

—Pero si no tienes los arrestos suficientes...

—Te vas a comer tus palabras con patatas, Gabriel Berling.

¿Al final se las comió? No. El muy desgraciado me dejó ganar en un par de hoyos para que me confiara —derrotas que pagó con sendos calcetines—, luego él se llevó la palma en otros tres —que me costaron los calcetines y el jersey —, me dio una victoria de regalo —que saldó con su sudadera— y... Bueno, para cuando llegamos al hoyo diez yo estaba en serios aprietos.

—Venga, preciosa, que no tengo todo el día.

¿He comentado que no es bueno presionarme?

—Escoge; sujetador o bragas.

Sí, he perdido el cinturón, los vaqueros, la camiseta y hasta la dignidad. ¡Quién me mandaría a mí meterme en este fregado!

Mordisqueo los labios al tiempo que sopeso qué será peor; si entregarle las bragas y tener que terminar este maldito juego con el trasero al aire —para su deleite visual—, o prescindir del

sujetador y sufrir que mis pechos se bamboleen cada vez que...

—Dee...

—¡No me presiones!

—No es tan difícil. —Coloca el palo sobre los hombros y engancha las manos a cada extremo —. ¿Culo o tetas? ¿Tetas o...?

Le respondo bajándome las bragas de golpe y tirándoselas a la cara. Luego, me coloco en posición para abordar el hoyo número once mientras rezo todo lo que sé para que suceda un milagro y él empiece a perder de manera estrepitosa.

—¿Un consejo? —Se posiciona detrás de mí, me rodea con sus brazos y coloca las manos sobre las mías en el palo—. Quizá si...

Sus palabras me entran por un oído y me salen por el otro, porque en lo único en lo que puedo pensar en este momento es en la excitante presión que ejerce su entrepierna contra mi trasero desnudo.

—Eres cruel —jadeo cuando la excitación de su miembro se hace más patente con cada nuevo

balanceo del *swing* que estamos practicando.

Está claro que no tengo nada que hacer contra él, así decido rendirme y, obviamente, pierdo de nuevo. Aunque esta vez la derrota viene acompañada de un montón de rozamientos casuales, caricias furtivas y eróticas insinuaciones ronroneadas a media voz en mi oído que me ponen nerviosa y cachonda a partes iguales.

Finalmente, tras entregarle el sujetador, giro sobre mis pies con el empaque de una reina y camino derechita hacia las escaleras. Pero, no sé por qué, decido regresar en el último momento para decirle un par de cositas acerca de lo marrullero que es.

Es entonces cuando descubro su juego sucio, porque allí, en la pantalla de cierre, pone bien clarito que el recorrido que no hemos terminado, porque mordí el polvo antes de llegar al hoyo dieciocho, es de nivel *Pro*. No de principiantes.

—Serás...

Me abalanzo sobre él, lo derribo y ambos terminamos rodando por el suelo en un intento por mantener al contrario a raya, trifulca que termina

en el preciso instante en que Gabriel se sienta a horcajadas encima de mí y me inmoviliza.

—«Tan sencillo que hasta un bebé podría terminarlo» —lo imito—. ¡Mentiroso! Eres un tramposo incapaz de salirse con la suya de manera legal.

—Ah, encanto. —Eleva la comisura de la boca con socarronería—. ¿Es que todavía no te has enterado? Mi lema es; en los negocios y en el sexo, todo vale.

## Capítulo 12

Sentada en una butaca de la biblioteca, ojeo por encima el ejemplar de *Crimen y castigo* que sostengo en las manos mientras la luz crepuscular se filtra a través de los amplios ventanales y baña el interior de la casa en tonos dorados y rosáceos.

Todavía faltan unos minutos para que el reloj marque las cinco y media, pero no siento la más mínima inclinación de abandonar el libro, salir de mi escondrijo y preparar algo para cenar. Ni siquiera ahora que al fin se me ha pasado el cabreo causado por los tejemanejes de Gabriel.

Estoy a punto de voltear una página cuando el lejano lamento de una guitarra consigue atrapar mi atención. Con la mano congelada a mitad de gesto, desentierro la nariz del libro y escucho con atención la cascada de notas que rasga el silencio imperante.

Impulsada por la curiosidad, me levanto de la butaca, abandono el libro encima de ella y camino en la dirección de la cual proviene la música para terminar asomada a una terraza que da hacia uno

de los dos patios.

Gabriel ha encendido una fogata en el hoyo destinado para tal fin y, sentado en un tronco que hace las veces de banco, pulsa las cuerdas de una guitarra acústica, ajeno a todo.

Me apoyo contra la pared, cierro los ojos y escucho cómo los acordes inconexos se convierten de repente en las primeras notas de *Behind Blue Eyes* del grupo *The Who*.

—Vaya...

Estoy impresionada. Jamás hubiera podido imaginar que en el interior de Gabriel Berling se escondiera un espíritu capaz de dotar al sonido de una guitarra de sentimientos y emociones. Tan intensas y vibrantes que tendrías que carecer de alma para no experimentar la piel de gallina que yo misma estoy sintiendo en este momento.

Me retiro en silencio al interior de la casa y dejo que mis pies me guíen escaleras abajo, hacia la planta principal y más allá. Entonces, abro con sumo cuidado la puerta que daba al patio en el que él está y camino sobre la espesa capa de nieve casi de puntillas, temerosa de que pare nada más

notar mi presencia.

La melodía vuelve a cambiar de nuevo y la nueva cascada de arpeggios termina por transformarse en la siempre melancólica *Dust In The Wind* de *Kansas*, con su melodía suave y conmovedora y su letra triste, sí, pero a la vez dotada de una hermosa serenidad que nos recuerda lo efímero de nuestra existencia y lo pequeños que somos comparados con el universo que nos rodea.

—«Cierro mis ojos, sólo por un momento y el momento ya es parte del pasado. Todos mis sueños, pasan ante mis ojos en ese instante de curiosidad. Polvo en el viento, todo ello se reduce a mero polvo flotando en el viento».

Dios mío... Me siento como si alguien acabara de atravesarme el corazón de un lado a otro. Su voz es... preciosa. Aún a pesar de que con cada nueva frase parece quebrarse un poquito más, como si debajo subyaciera un dolor demasiado profundo para ser confesado con meras palabras.

—«Incluso la canción de siempre, es apenas

una gota de agua en un mar interminable. Todo lo que hagamos, regresa a la tierra aunque nos cueste trabajo aceptarlo. Polvo en el viento, todo lo que somos es simple polvo en el viento».

Noto que algo cálido resbala por mis mejillas, gotea por mis labios entreabiertos y deja en ellos un regusto mitad salado, mitad dulzón. Llevo la mano al rostro y, mierda, compruebo que las lágrimas empiezan a empapar las yemas de mis dedos.

—«Ya, no os aferréis, que nada dura para siempre excepto la tierra y el cielo. Eso quizá se escabulle. Y ni todo el dinero comprará otro minuto más de existencia».

Cuando me quiero dar cuenta, estoy detrás de él.

—Gabe...

Cubro el escaso palmo de distancia que nos separa, lo rodeo desde atrás con los brazos y hundo el rostro contra su cuello mientras él termina la canción, aunque ahora su voz es apenas un susurro entrecortado.

—Era su favorita. Antes de que pasara

aquello él... —Calla y traga saliva de manera audible.

—Gabe, puedes contármelo.

Esas tres simples palabras funcionan como un disparador, igual que si acabara de apoyar el dedo en un gatillo sensible.

Gabriel se incorpora de golpe, con la guitarra acústica en la mano, y me hace frente. Su rostro, medio bañado por las llamas, medio envuelto en la oscuridad de la incipiente noche, es una mezcla de emociones encontradas. Pero sobre todas ellas se termina imponiendo su habitual máscara de imperturbabilidad, esa que establece una incómoda distancia entre él y el resto del mundo.

Está bien, lo entiendo. Por mucho que me joda, sólo soy la tipa que te follas. Mensaje captado.

—¿Sabes? —Me enderezo con un fingido bostezo—. Creo que me voy a retirar por hoy. Estoy muy... cansada.

Sí, cansada de no saber a qué atenerme con él, de que se cierre en banda cada vez que se percata que sus defensas han bajado apenas una

milésima de pulgada. De que me suelte un portazo en las narices cuando parece que al fin atisbo un poquito del Gabriel real, de esa versión de sí mismo que parece reservada para un puñado de privilegiados de los cuales yo ansío formar parte.

Hacia las nueve de la noche, agotada de tanto darle vueltas a la cabeza, caigo rendida en un sueño demasiado ligero como para poder ser calificado como tal. Tanto, que cuando alguien abre la puerta del dormitorio y se cuela sigilosamente en el interior, tengo que obligarme a mantener los ojos cerrados, de espalda a la entrada.

Percibo cómo el colchón se hunde al tiempo que un cuerpo grande y ya familiar se curva contra mi espalda. Su aliento ardiente contra mi nuca desprende un vago olor a whisky, pero el modo en que sus manos me rodean, suaves y seductoras, me dicen que no está bebido, por lo que le dejo hacer.

El aleteo de su lengua contra mi piel desnuda, el roce de sus dedos descendiendo por mi cuello y el valle entre los pechos, su apremiante erección adosada entre las mejillas de mi trasero... Todo

me hace desearlo. Hasta tal punto, que la necesidad se convierte en dolor físico.

Me pego más a él a la vez que me fundo entre sus brazos, permitiéndole que me penetre con las yemas al principio, para luego jadear al sentir la manera en que desliza el índice y el corazón casi por completo dentro de mi vagina.

Tengo un problema muy serio con este hombre, en serio; me parece que me estoy enamorando. A pesar de que es un petulante cabronazo, incluso en esos momentos en los cuales lo único que deseo es mandarlo a hacer gárgaras...

Sí, comienzo a experimentar extraños sentimientos por Gabriel Berling, sentimientos que se parecen de una manera bastante peligrosa al amor. Es eso o que la fuerza del encandilamiento me ofusca lo suficiente como para no ser capaz de discernir entre lo uno y lo otro. No le veo otra explicación posible.

Voy a girarme hacia él y dejarle bien claro que estoy despierta, cuando el zumbido bajo de un teléfono móvil me paraliza. No es el mío, eso seguro, porque sigue en su poder. Es el suyo.

Con un gruñido de fastidio, sale de la cama con cuidado y se aleja un par de pasos.

—¿Sí? ¿Vanne, qué pasa?

Me obligo a aguzar el oído al escucharlo susurrar ese nombre de mujer.

—Tranquila. Habla más despacio, cariño.

¿Cariño? Todo mi cuerpo se tensa. ¿Quién demonios es esa tal Vanne? ¿Y por qué Gabriel usa con ella ese tono dulce y amoroso, como si fuera alguien importante?

—Escúchame bien; no va a pasar nada malo, ¿entendido? Lo más probable es que sólo sea...

De repente todo lo que sale de sus labios es un «uhm» tras otro «uhm». Nada que me aporte algún dato acerca de qué está ocurriendo o qué representa en su vida la mujer que está al otro lado de la línea telefónica.

—Vale, actuemos con calma, ¿sí? —Lo escucho alejarse un poco más. ¡Mierda!—. Estoy en la casa de Reed Valley. —Otra interrupción—. Sí, solo.

¿Qué? ¿Cómo que solo?

—Llama a Ty. Él se hará cargo de todo

mientras yo no pueda, ¿vale? Pero ante todo, no pierdas la calma. Vas a asustar a la niña todavía más de lo que ya está.

¿Niña? ¿Qué niña? Dios mío, esto parece el camarote de los Hermanos Marx. ¡Cada vez aparece más gente en escena!

—Ponla al teléfono, Vanne.

No, por favor...

—¿Cómo está mi niña? —Su voz rezuma amor—. Sssch... No llores. —Si pudiera, saldría corriendo de la habitación—. Hazle caso a mami, ¿sí? Y recuerda que te quiero, más que a nada.

No puede ser suya. No puede ser suya.

—Ty irá a recogerte. Él y mami te llevarán a un lugar donde te curarán. Pero tienes que prometerme que serás fuerte, que no llorarás. ¿Lo harás por mí, cielo?

Me agito en la cama adrede y Gabriel sale de la habitación, como si temiera que pudiera despertar de un momento para otro.

Lo que no sabe es que he estado despierta, demasiado despierta. Todo el maldito tiempo. Y ojalá no lo hubiera estado, porque ahora mismo no

sé cómo lidiar con esto.

## Capítulo 13

A la mañana siguiente, bajo a la cocina en busca de un vaso de leche con el cual tragar la aspirina que espero que aniquile de una vez por todas el terrible dolor de cabeza que acarreo desde anoche.

Incapaz de dormir, me dediqué a consumir las horas en una ardua disección de todo lo que había escuchado durante la conversación telefónica que él había mantenido con la misteriosa Vanne y la todavía más enigmática niña sin nombre.

Si la aparición en escena de la misteriosa mujer me había desestabilizado, más lo había hecho esa criatura que, a juzgar por lo que pude entender, estaba enferma y necesitada de su ¿padre? Dios... ¿De verdad tiene una hija secreta? Y si no lo es, ¿qué papel juega Gabriel en esta demente ecuación?

Agotada, triste, confundida y ojerosa, me dirijo directa hacia la nevera, sólo para recibir un susto de muerte cuando, botella de leche en mano, alguien me habla de manera inesperada.

—¿Señorita Vargas?

—¡Joder! —exclamo cuando el recipiente de cristal resbala de mi mano y termina estrellándose en el suelo—. ¡Mierda!

Al ir a encarar al extraño que casi acababa de lograr que me diera un infarto, me encuentro frente a un turbado Joshua Ludlow.

—Dios mío, señor Ludlow —resuello al tiempo que me llevo la mano al pecho—. Es usted tan sigiloso como un gato.

—Lo siento mucho, señorita. No era mi intención...

—Lo sé, lo sé. —Hago un gesto con la mano libre, quitándole importancia—. Si busca a Gabriel...

—No, en realidad venía a darle esto —me extiende un sobre y mi *smartphone*— y decirle que estoy a su total disposición.

Tras efectuar la entrega, da un paso hacia atrás y me dice que vendrá a por mí hacia las cuatro de la tarde para llevarme hasta el aeropuerto.

—¿Por... por mí? ¿Entonces, Gabriel...?

¿Se queda? ¡Pero si tiene que salir de viaje

de negocios mañana mismo!

—El señor Berling partió de madrugada a Nueva York. —¿Perdón?—. Ahora, si me disculpa...

Joshua Ludlow abandona la cocina y me deja sola, sobre en mano y totalmente estupefacta. Entonces, lo rasgo de manera compulsiva y extraigo la nota que custodia en su interior. Una escueta, escrita de puño y letra de Gabriel, en la que se limita a comunicarme que se pondrá en contacto conmigo tan pronto regrese de Japón. Nada más.

La releo dos veces, como si no pudiera creer que no se dignara darme alguna explicación acerca de su inesperado abandono. O tal vez no tan inesperado, habida cuenta de la aparición en escena de Vanne y la niña la noche anterior.

Furibunda, hago una pelotita con la nota y me trago la larga retahíla de insultos que pugnan por brotar de mis labios.

¿A qué demonios estás jugando conmigo, Gabriel Berling? ¿A qué?

## Nota de la autora

Estimado/a lector/a:

Me gustaría poder decir que la preciosa interpretación de la letra de *Dust In The Wind* es mía, pero la realidad es que pertenece a **Antonio Ayora**, a quien felicito encarecidamente por la hermosa profundidad con que ha sabido dotar la traducción al español de este éxito inmortal. A ti, Antonio, muchas gracias.

# Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Nota de la autora](#)